

HAMLET

de

William Shakespeare

Traducción, versión y adaptación de
José María Ruano de la Haza

Personajes

HAMLET	OFELIA
CLAUDIO	GERTRUDIS
POLONIO	LAERTES
HORACIO	UN ACTOR
PASTOR	CORTESANO
SEPULTURERO	MENSAJERO
REY	REINA
LUCIANO	
Cortesianos, soldados, criados, etc.	

© 2007 de José María Ruano de la Haza

Escena I

Salen el rey CLAUDIO y la reina GERTRUDIS, seguidos de HAMLET, POLONIO, LAERTES y OFELIA.

CLAUDIO.—Querida esposa, caro hijo y sobrino, amigos todos: todavía conservo viva en la memoria la imagen de mi amado hermano Hamlet, muerto en agraz. Mi corazón, saturado de dolor, sigue de luto y quiere que lo esté también la faz del reino. No obstante, os estaré a todos eternamente agradecido por el sabio y generoso consejo que libremente me disteis, el cual, aliado a mi profundo sentido del deber y lidiando con mi instinto natural, me hizo recordar mis *graves obligaciones*. Siguiendo, pues, *vuestra recomendación* determiné no sólo poner fin al largo duelo oficial por la muerte de mi hermano, sino tomar por esposa a la que antes fuera mi hermana y ahora es mi reina. Y en verdad os digo que lo hice triste en la dicha y gozoso en la tristeza, con un ojo alegre y el otro apenado, con alegría en el funeral y con desconsuelo en la boda. Pero ya basta de hablar de hechos luctuosos. Tratemos ahora de los asuntos que os importan.

HAMLET *se adelanta a hablar con él, pero CLAUDIO finge no verlo y se dirige a LAERTES.*

CLAUDIO.— Dime, Laertes, ¿qué deseas de mí? Habla, pues no podrás dirigirte razonablemente al rey de Dinamarca si no pones fin a tu mutismo. La mente está tan relacionada con el corazón, y la mano tan relacionada con la boca, como lo está tu padre con el Rey de Dinamarca. ¿Qué pides, Laertes?

LAERTES.— Majestad, vuestra venia para regresar a Francia. Vine de buen grado a Dinamarca para mostraros mi lealtad en vuestra coronación. Pero ahora, cumplido mi deber, confieso que mis pensamientos y mis deseos me inclinan hacia Francia.

CLAUDIO.— ¿Tienes ya permiso de tu padre? ¿Qué dice Polonio?

POLONIO.— (*con énfasis*) Señor, sólo ha logrado mi consentimiento después de *miles y miles* de súplicas y peticiones. Os ruego, pues, que le permitáis partir.

CLAUDIO.— Tienes mi permiso, Laertes. Y no te olvides... de gozar de tu juventud el tiempo que te dure.

LAERTES *hace una reverencia y se va.*

CLAUDIO.— Y ahora, mi querido Hamlet, sobrino e hijo mío....

HAMLET.— (*Molesto, aparte*) (Más bien primo que sobrino...)

CLAUDIO.— ¿Por qué esa tristeza? ¿Qué nubarrones ensombrecen tu rostro?

HAMLET.— No es eso, señor; es que paso demasiado tiempo expuesto al sol.

GERTRUDIS.— Querido Hamlet, desecha ese melancólico humor. No sigas cabizbajo buscando a tu noble padre en el polvo. Ya sabes que es ley natural que todo lo que vive ha de morir, pasando de aquí... a la eternidad.

HAMLET.— Sí, madre; esa es ley natural.

GERTRUDIS.— Pues si es así, ¿por qué parece perturbarte tanto?

HAMLET.— ¿Parece? Yo no sé lo que es «parecer». Mi dolor, amada madre, no lo proclama esta capa negra que me cubre, ni la ropa de luto solemne, ni mis profundos e involuntarios suspiros; no, ni siquiera el raudal de lágrimas que a veces mana de mis ojos. Esas cosas son ... el ropaje de la pena. Lo que yo siento aquí dentro... eso... eso no hay modo de expresarlo.

CLAUDIO.— Hamlet, señal es de tu dulce y admirable naturaleza que cumplas *tu deber* llorando la muerte de tu padre. Pero has de recordar que tu padre perdió a su padre y que este padre perdió al suyo y que cada uno de los hijos sintió durante un tiempo la *obligación* de guardar luto. Pero perseverar con obstinación en el duelo, más es irreverencia que devoción. Y tampoco es cosa de hombres. Es contrario a los designios divinos, y señal de un corazón débil o una mente impaciente o un entendimiento inmaduro. Destierra ese dolor *inoportuno* y mírame como si fuese tu padre. Pues —y quiero que todo el mundo lo sepa— *tú* eres el más cercano a mi trono. Por ello me atrevo a decirte, con el más noble amor que el padre más afectuoso pueda mostrar hacia su propio hijo, que tu intención de regresar a la Universidad de Wittenberg es contraria a mis deseos. Te lo ruego. Quédate aquí con nosotros, alegrándome los ojos como mi más principal cortesano, mi *sobrino y mi hijo*.

GERTRUDIS.– Escucha los ruegos de tu madre, Hamlet. Yo también te suplico que no regreses a Wittenberg.

HAMLET.– Madre, haré lo posible por obedecerte.

CLAUDIO.– ¡Qué amorosa respuesta! Serás otro yo en Dinamarca. Gertrudis, ven conmigo. Mi corazón se regocija por esta *libre* decisión de Hamlet y quiero celebrarla haciendo que el cañón sea escándalo del aire cada vez que beba a la salud de mi amado *sobrino e hijo*.

Se van todos, quedando solo en escena HAMLET.

HAMLET.– Oh, si esta carne mía, tan, tan sólida se derritiera hasta convertirse en rocío... Oh, si el suicidio no estuviera terminante prohibido por las leyes divinas... ¡Qué mercenario, qué insulso y caduco me parece todo! El mundo es un jardín lleno de ortigas, invadido por la inmundicia y la putrefacción. Lo grosero, lo hediondo se extiende por todas partes propagando el olor a *podrido*. Solamente hace dos meses que murió; no, ni siquiera dos meses. Un rey tan admirable comparado con éste... y tan amoroso con mi madre. Y ella, que le abrazaba con *apetito siempre insatisfecho*, en menos de un mes... No quiero ni pensarlo... Inconstancia: tienes nombre de mujer. ¡En menos de un mes! Antes de que se le pudieran manchar los zapatos que se puso para el funeral, cuando toda llorosa... ¡Dios! Un animal irracional hubiera llorado su muerte durante más tiempo ¡Y con mi tío! ¡Casada con el hermano de mi padre! ... aunque se parece tanto a mi padre como yo a un dios del Olimpo... En menos de un mes... sin tiempo de que se le secan las simuladas lágrimas... vuelve a casarse... y a meterse con prontitud... en una cama *incestuosa*. No está bien hecho, ni puede traer bien alguno; mas, aunque el corazón se me rompa en pedazos, he de callar y aceptarlo.

Sale HORACIO.

HORACIO.– Alteza...

HAMLET.– ¡Horacio! ¿Eres tú? ¡Cuánto me alegro de verte!

HORACIO.– Señor, soy tu humilde servidor.

HAMLET.– ¿Qué te trae de Wittenberg?

HORACIO.– Me he ausentado sin permiso, señor.

HAMLET.– ¡No me lo creo! ¿Tú, haciendo novillos? Pero, dime de verdad, ¿qué haces en Elsinor?

HORACIO.– Vine al funeral de vuestro padre.

HAMLET.– No me tomes el pelo, camarada. Tú has venido... a la boda de mi madre.

HORACIO.– En verdad que uno siguió rápidamente al otro.

HAMLET.– Todo fue por ahorrar dinero, Horacio. Los *fiambres* que sobraron del funeral sirvieron de plato frío en el banquete de boda... Mi padre... Creo que veo a mi padre.

HORACIO.– ¿Dónde, señor?

HAMLET.– En mi mente, Horacio.

HORACIO.– Yo le conocí personalmente. Era un buen rey.

HAMLET.– Era... un hombre... nada más y nada menos que todo un hombre. No conoceré a otro como él.

HORACIO.– Señor... yo pienso que lo vi anoche.

HAMLET.– ¿Viste? ¿A quién?

HORACIO.– Al rey... a vuestro padre.

HAMLET.– ¿A mi padre?

HORACIO.– Suspended vuestra admiración y escuchadme atentamente, que yo os contaré una maravilla.

HAMLET.– Por lo que más quieras, ¡habla!

HORACIO.– Unos centinelas que conozco, de nombres Marcelo y Bernardo, me han contado que, durante su vigilia, a la medianoche, cuando todo se hallaba sepultado en la soledad y el silencio, vieron en la distancia una figura parecida a la de vuestro padre, armado correctamente de la cabeza a los pies, como si estuviera a punto de entrar en batalla. Durante dos noches seguidas, tres veces pasó lenta, solemne y gravemente ante sus asombrados y temerosos ojos, a una distancia no más larga que la del cetro real. Ellos, temblorosos, lo observaron mudos de pavor. Habiendo oído su relato, el cual me contaron en gran secreto, decidí acompañarlos en su vigilia la

tercera noche y fue entonces cuando comprobé que no me habían mentido. El aparecido es real. Vi a vuestro padre. O a algo tan parecido a vuestro padre como una de mis manos es a la otra.

HAMLET.– ¿Y le hablaste?

HORACIO.– Le hablé, señor. Pero no me respondió. Hacia el final, alzó los ojos y parecía a punto de decir algo. Pero en ese momento se oyó el canto de un gallo y se desvaneció en el aire.

HAMLET.– ¿Mi padre...?

HORACIO.– Os juro por mi vida que lo vi. Pensé que era mi deber comunicároslo.

HAMLET.– Has hecho bien, Horacio. Dime, ¿volverás esta noche a la guardia?

HORACIO.– Sí, señor.

HAMLET.– ¿Armado, dices?

HORACIO.– Armado, señor.

HAMLET.– ¿De la cabeza a los pies?

HORACIO.– Sí, señor, de la cabeza a los pies.

HAMLET.– ¡Entonces no pudiste verle la cara!

HORACIO.– ¡Oh, sí, señor! Llevaba alzada la visera.

HAMLET.– ¿Parecía ... enojado?

HORACIO.– Más bien apenado que enojado.

HAMLET.– ¿Era su complexión flemática o sanguínea?

HORACIO.– No era sanguínea... Más bien pálida.

HAMLET.– ¿Y fijó los ojos en ti?

HORACIO.– Constantemente.

HAMLET.– Me hubiera gustado verle.

HORACIO.– Os hubiese maravillado tanto como a mí.

HAMLET.–¿Permaneció allí mucho tiempo?

HORACIO.– Podría haber contando hasta cien sin grandes prisas.

HAMLET.– Su barba era cana, ¿verdad?

HORACIO.– Tal como la tenía cuando estaba vivo. Entrecana.

HAMLET.– Esta noche te acompañaré en la vigilia, Horacio. Quizás aparezca otra vez.

HORACIO.– Estoy seguro de que lo hará.

HAMLET.– Si toma el aspecto y forma de mi padre le hablaré, aunque el mismísimo infierno abra la boca y me ordene callar. Y no digas nada a nadie, Horacio. Pase lo que pase esta noche, *presta atención*, pero no se lo cuentes a nadie. Hazlo por la amistad que nos une. Y ahora, adiós. Hasta que nos veamos en la garita de los centinelas entre las once y las doce de la noche.

Escena II

Salen LAERTES y OFELIA.

LAERTES.– Adiós, querida hermana. Mi equipaje ya está en el barco. Y de la misma manera que los vientos favorecen mi partida, favoréceme tú y no te acuestes esta noche sin escribirme una carta.

OFELIA.– ¿Dudas de que lo haga?

LAERTES.– En cuanto a Hamlet y el favor que te muestra, piensa que es capricho y que no durará. Como violeta en primavera, su amor es dulce y efímero: brota pronto pero no arraiga. Es el perfume y la atracción de un momento. Nada más.

OFELIA.– ¿Nada más, Laertes?

LAERTES.– No pienses más en él. Quizás Hamlet crea ahora mismo que está enamorado de ti; pero no te fíes, pues a causa de su rango y posición social, el futuro no le pertenece por entero. Hamlet está sujeto a los deberes de su excelso estado y no puede escoger, como las personas de calidad inferior, la esposa que desee. De su elección depende el bienestar y la salud de nuestro reino y ha, por tanto, de doblegar su gusto a lo que es justo y conveniente a sus vasallos. Ten en cuenta también la mancha que empañaría el espejo de tu honor si te dejaras seducir por sus palabras de amor, o le entregaras tu corazón, o, lo que es peor, abrieras las puertas de tu virginidad a sus insistentes llamadas.

OFELIA.– Como sé que eres el buen guardián de mi corazón, recordaré siempre tus buenos consejos. Pero, querido hermano, no imites a esos predicadores hipócritas que nos muestran el sendero estrecho y lleno de espinas que conduce al cielo mientras ellos caminan por la vía engalanada de flores que conduce al placer.

LAERTES.– No te preocupes por mí, hermana. Pero ya me has detenido bastante. Y mira quién viene por allí.

Sale POLONIO.

POLONIO.– ¿Todavía sigues aquí, Laertes? ¡Venga, embárcate ya! El viento hincha las velas de tu navío y todos te esperan. Vete con mi bendición ... y con estos consejos, que has de conservar en la memoria. Guárdate de decir lo que piensas y nunca pongas en acción pensamientos impropios de ti. Sé sociable pero no excesivamente. Sé fiel a los amigos que te muestren fidelidad, pero no ofrezcas la mano al primero que llegue. Cuídate de enzarzarte en una riña, mas una vez que te hayas comprometido, lucha con tal furia que tu contendiente nunca más se atreva a importunarte. Escucha a muchos y habla a pocos. Acepta la crítica de todos y no critiques a nadie. Compra la ropa más cara que puedas, pero no gastes el dinero en fruslerías – debes vestir elegante, no llamativo ni barato ... pues el hábito a veces hace al hombre, como bien saben los franceses de rango y calidad. Ni prestes ni tomes dinero prestado: si prestas a un amigo, perderás dinero y amistad; y si tomas prestado, pronto te arruinarás. Pero por encima de todo, nunca te mientas a ti mismo; pues de esto se sigue, como la noche al día, que no engañarás a nadie. Adiós, hijo mío, y que mi bendición y mis consejos vayan siempre contigo.

LAERTES.– Adiós, padre. Con vuestro permiso...

POLONIO.– El tiempo apremia y tus criados aguardan.

LAERTES.– Adiós, Ofelia. Y recuerda lo que te he dicho.

OFELIA.– Tus palabras quedan encerradas en mi memoria y tú te llevas la llave.

LAERTES.– ¡Adiós!

Se va LAERTES.

POLONIO.– ¿Qué es lo que te dijo, Ofelia?

OFELIA.– Señor, algo sobre el príncipe Hamlet.

POLONIO.– Me alegro de que te hablara de ello. He oído decir que Hamlet ha pasado algunos ratos a solas contigo y que tú misma le has prestado libre y generosamente la atención. Si es verdad lo que me han comunicado, sin duda con la intención de ponerme sobreaviso, he de confesarte que no creo que hayas entendido bien cómo ha de ser el comportamiento de una hija mía en cuestiones atañentes a la honra. ¿Hay algo entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.– Señor, el príncipe Hamlet ha dado muchas muestras de afecto hacia mi persona.

POLONIO.– ¡Afecto! Hablas como niña que ignora los muchos peligros de este mundo. ¿Crees en esas *muestras*, como las llamas tú?

OFELIA.– No sé, padre, qué creer.

POLONIO.– Muy bien. Yo te instruiré. Eres ingenua si crees que esas *muestras* tienen algún valor en el gran mercado del mundo. Lo que debes hacer es *mostrar* tu verdadero valor o *mostrarás* – y no quiero gastar la palabreja de tanto manosearla – que tu padre es tonto.

OFELIA.– Señor, ha pronunciado palabras de amor, que me ha confirmado jurando por los cielos.

POLONIO.– Lazos para cazar pájaras bobas. Cuando la sangre joven se *inflama*, el alma se transforma en una lengua pródiga en promesas. Pero esas... *flamas*, hija mía, dan más luz que calor, y ambos, calor y luz, se extinguen cuando parecen más prometedores. Nunca confundas esas *flamas* con las auténticas *flamas*. A partir de ahora, tásale la vista de tu presencia virginal, no aceptes a primeras de cambio sus demandas de conversación. Todo lo que debes saber del príncipe Hamlet es que es joven y que goza de más libertad que tú. En pocas palabras, Ofelia: no creas en sus promesas, pues son alcahueterías disfrazadas de cortesanía, y sólo busca tu perdición con palabras santas y virtuosas. En resumen, no permitiré, hablando con claridad, que en el futuro malgastes tus ratos de ocio escribiendo o conversando con el príncipe. ¡Anda, vámonos, y no te olvides de hacer lo que te digo!

OFELIA.– Señor, yo os obedeceré.

Escena III

Junto a la garita de los centinelas. Es de noche. Salen HAMLET y HORACIO.

HAMLET.– Siento frío, Horacio. El aire me envuelve como una mortaja.

HORACIO.– Sí, corta como un cuchillo.

HAMLET.– ¿Qué hora es?

HORACIO.– El filo de la medianoche.

HAMLET.– Más tarde. Ya sonó la campana de las doce.

HORACIO.– No la oí. Pues entonces se acerca el momento en que suele aparecer el espectro.

Suenan trompetas, tambores y cañonazos.

HORACIO.– ¿Qué ruido es ese, señor?

HAMLET.– El Rey se divierte. Está cumpliendo su promesa de celebrar a cañonazos cada brindis que haga por la salud de su amado *sobrino e hijo*.

HORACIO.– ¿Es esa una costumbre de palacio?

HAMLET.– Sí que lo es. Pero a pesar de que nací y me crié en palacio y soy heredero de esas prácticas, creo que es una costumbre que trae más honor en el incumplimiento que en la observancia. Esta bárbara diversión que se oye por todas partes, en levante como en poniente, nos afrenta y nos da mala fama entre otras naciones. A causa de ella nos llaman borrachos y cerdos olvidándose de nuestros muchos triunfos y virtudes.

HORACIO.– ¡Señor! ¡Ahí viene!

El fantasma puede verse como una sombra borrosa al fondo del escenario.

HAMLET.– ¡Ángeles del cielo, amparadnos! Dime, ¿estás en estado de gracia o eres alma en pena? ¿Traes dulces brisas del Paraíso o ráfagas pestilentes del Infierno? ¿Vienes con buenas o malas intenciones? Quiero hablarte. Te llamaré Hamlet, Rey,

padre, soberano. Respóndeme. Satisface mi curiosidad. Dime por qué tu cuerpo, que la muerte se llevó, se ha despojado de su mortaja. ¿Cómo es que el sepulcro donde te enterramos ha corrido su pesada losa de mármol y te ha dado libertad? ¿Por qué te presentas así ante nosotros, con tu armadura, a la indecisa luz de la luna, infundiendo el horror y el espanto en nuestras mentes? Dinos cuál es tu propósito y qué deseas que hagamos.

HORACIO.– Os hace señas de que le sigáis, como si quisiera deciros algo a solas. ¡No vayáis, os lo ruego!

HAMLET.– He de hacerlo. Aquí no me hablará.

HORACIO.– ¡No, por favor!

HAMLET.– ¿Qué he de temer? Mi vida me importa poco. Y mi alma... ¿qué daño puede hacerle a mi alma si es tan inmortal como la suya? Sigue haciendo señas. Iré con él.

HORACIO.– ¿Y si os lleva a lo alto del acantilado y allí se transmuta en algún ser horrible que os roba la razón y os obliga a hacer alguna locura? Pensadlo. El abismo insondable del océano y el fragor de las olas invitan a saltar al vacío, incluso cuando no hay causa alguna para hacerlo.

HAMLET.– Me sigue llamando. Tengo que ir tras él.

HORACIO.– ¡Señor! ¡Deteneos!

HAMLET.– ¡Quítame las manos de encima si no quieres hacerle compañía en el otro mundo! ¡Fantasma, aparición, o lo que seas! Tras ti voy.

HORACIO.– ¡Huele a *podrido* en el reino de Dinamarca!

Música, que indique que transcurre un intervalo considerable entre esta escena y la siguiente.

Escena IV

Sale HAMLET.

HAMLET.– ¡Ángeles del cielo... y también del Infierno! ¡Qué afrenta, qué deshonor!
Corazón: compórtate con entereza; médula de los huesos: no te vuelvas vieja y
caduca... ¿Recordarte? Sí, pobre espectro, mientras quede un átomo de memoria en
esta distraída cabeza mía te recordaré. Borraré del catálogo de la mente todas las
cosas triviales y estúpidas, todas las citas de libros, todas las formas e impresiones
del pasado que copió mi curiosidad juvenil, y viviré exclusivamente en obediencia a
tu mandato, cincelado ya en la tabla de la mente. ¡Ah, pécora! ¡Ah villano, maldito,
maldito y sonriente villano! ¿Dónde tengo mi libreta? He de anotar lo todo como es
debido. (*Saca una libreta y escribe:*) «Uno puede sonreír y ser un villano al mismo
tiempo». Al menos esto es verdad en Dinamarca. Sí, querido tío, aquí lo tengo ya...
por escrito. Y ahora, ¡a cumplir mi promesa! Se lo he jurado.

Sale HORACIO.

HORACIO.– ¡Señor! ¿Qué sucedió?

HAMLET.– Algo maravilloso.

HORACIO.– Contádmelo, os lo ruego.

HAMLET.– No, porque lo repetirás.

HORACIO.– ¡Juro por todos los cielos que no lo haré!

HAMLET.– ¿Me lo prometes?

HORACIO.– ¡Lo juro por los cielos!

HAMLET.– Me ha dicho que no hay villano en toda Dinamarca que ... no sea un
sinvergüenza redomado.

HORACIO.– Señor, no era necesario venir de ultratumba para decir tal cosa.

HAMLET.– Cierto... Tienes toda la razón... Así pues, sin más, creo que será mejor que
nos demos la mano y nos separemos. Tú, a tus asuntos y yo... a rezar.

HORACIO.– Señor, esas son palabras huecas y sin sentido.

HAMLET.– Lo siento mucho si te han ofendido... De verdad. Lo siento mucho.

HORACIO.– No me habéis ofendido, señor.

HAMLET.– ¡Sí, por San Patricio, sí que hay gran ofensa! Respecto a lo que he visto...

Déjame que te diga que es... sin duda... un espectro. En cuanto a tu curiosidad por saber lo que me ha comunicado... domínala lo mejor que puedas. Y ahora, amigo mío, camarada, concédeme un pequeño favor.

HORACIO.– Lo que queráis, señor.

HAMLET.– Nunca digas a nadie lo que has visto esta noche.

HORACIO.– Lo prometo.

HAMLET.– No, no. Has de jurarlo.

HORACIO.– Juro que nunca lo diré.

HAMLET.– Sobre la cruz de la espada.

HORACIO.– Ya lo he jurado, señor.

HAMLET.– Ha de ser sobre la cruz. Pon aquí tu mano y júralo.

HORACIO.– He visto tantas cosas extrañas que ya no sé si es de día o de noche.

HAMLET.– ¡Ah, Horacio! Hay más cosas en el cielo y en la tierra de lo que imaginan tus filósofos. Pero ven y prométeme que, aunque me veas *actuar* de manera extraña (pues de ahora en adelante creo que será conveniente fingir que estoy medio loco), no mostrarás sorpresa o dirás cosas como «sí, sí, yo ya lo sé...», o «lo diría, si me fuera posible...», o «si yo pudiera hablar...» u otras frases ambiguas que den a entender que sabes cosas que no puedes revelar. Júralo, y que los cielos te ayuden cuando lo precisés.

HORACIO.– Lo juro.

HAMLET.– Horacio, amigo mío. Me encomiendo a ti. Regresemos ahora, el dedo firmemente sobre los labios, y no soltemos una palabra. ¡En mala hora nació, Horacio, para poder remediar estos yerros! Pero no te adelantes. Caminemos juntos.

Escena V

Salen POLONIO y OFELIA.

OFELIA.– ¡Padre y señor mío! ¡Qué susto llevo en el cuerpo!

POLONIO.– ¡Por Dios y todos los santos! ¿De qué?

OFELIA.– Señor, estaba cosiendo en mi habitación cuando entró el príncipe Hamlet, el jubón todo desabrochado, descubierta la cabeza y con las medias arrugadas y caídas por los tobillos. Las rodillas le temblaban y tenía la faz tan pálida como la camisa.

Entró, se detuvo delante de mí, y durante un largo rato me miró con ojos tristísimos.

POLONIO.– Señales parecen esas de que está loco de amor por ti.

OFELIA.– No lo sé. Pero temo que sea así.

POLONIO.– ¿Qué te dijo?

OFELIA.– Me sujetó de la muñeca y examinó mi cara con tanta atención como si fuera a dibujarla. Permaneció así mucho tiempo y, al cabo, inclinó la cabeza tres veces y se puso a lanzar suspiros tan lastimeros que parecía estar a las puertas de la muerte.

Luego me soltó y se dirigió a la puerta mirando hacia atrás, con los ojos fijos en mí.

POLONIO.– Ven conmigo. Iremos a ver al Rey. Parece auténtica locura de amor, cuyas violentas emociones destruyen al amante y lo llevan a la desesperación. Pero dime, ¿has tenido ocasión de desdeñarlo recientemente?

OFELIA.– No, señor. Solamente he seguido vuestro consejo negándome a leer sus billetes o a permitirle que me visite.

POLONIO.– ¡Esa debe ser la causa eficiente de su locura! Lo siento, hija mía. Quizás, si hubiese prestado más juiciosa atención a este asunto, hubiese podido prevenirlo. Pero no lo vi venir. Temía que sólo quisiese divertirse un poco contigo y arruinar de paso tu reputación. ¡Maldita sea mi naturaleza suspicaz! Tan apropiado es a los viejos consultar a otros antes de dar consejos como típico es de los jóvenes carecer de discreción. Vamos, iremos a ver al rey. Esto ha de saberse. Trae más desgracias un secreto guardado que un secreto a voces. Ven conmigo.

Escena VI

Salen CLAUDIO y GERTRUDIS *seguidos por* POLONIO.

POLONIO.— Altezas, disertar sobre qué cosa es la majestad real y sus graves obligaciones sería como tratar de explicar por qué es de día durante el día, de noche durante la noche, y por qué pasa el tiempo... es decir, una pérdida de día, de noche... y de tiempo. Por eso suelo decir que, si lo ingenioso breve, dos veces ingenioso, y lo prolijo siempre estará henchido de perifollos y florituras. Seré, pues, breve. (*pausa*) Vuestro noble hijo está loco. Pues si uno definiera específicamente la verdadera locura, ¿qué puede estar sino loco...? Pero dejemos eso.

GERTRUDIS.— Sí, dejémoslo y vayamos al grano.

POLONIO.— Señora, os aseguro que yo siempre voy directamente al grano. Que está loco es la pura verdad. Es una pena que sea verdad y es verdad que es una pena. Pero dejemos eso, pues no quiero abusar de mis recursos retóricos. Concedamos, pues, que está loco. Lo que hay que averiguar ahora es la verdadera causa de este efecto, o, mejor dicho, de este *defecto*. Pues el efecto de esta causa se convierte efectivamente en defecto. Eso es lo que resta, y el resto es lo que sigue. Yo tengo una hija (la tengo, se entiende, mientras sea mía), que es tan obediente y leal que me ha entregado esta carta. Escuchen vuestras majestades y saquen las consecuencias que sean de rigor. «Al celestial ídolo de mi alma, mi agraciadísima Ofelia... » Este es un término horroroso, endiablado. ¿A quién se le ocurre decir «agraciadísima»? Pero hay más. Luego oiréis alusiones a su «excelente albo seno» y a sus... sus ... y otras cosas.

GERTRUDIS.— ¿Hamlet envió esta carta a Ofelia?

POLONIO.— Así es, como veréis si os leo el final. «Duda que las estrellas ardan, duda que el sol se mueva, considera toda verdad sospechosa, pero jamás dudes de mi amor. ¡Oh, amada Ofelia! Yo no sé escribir poemas, ni tengo talento para expresar las congojas de amor, pero cree que te quiero más que a nadie en este mundo, créelo ... y adiós. Mi amadísima señora, mientras siga prisionero en este mísero cuerpo será siempre tuyo Hamlet». Mi hija, en obediencia a mi mandato, me entregó esta

carta ... Y tengo más, que revelan unos sentimientos que... Llegaron a sus manos en el curso de algunos días, en diferentes lugares y por medios variopintos. Y me las he leído todas.

CLAUDIO.– Pero, ¿cómo ha reaccionado ella ante tales muestras de amor?

POLONIO.– ¿En qué opinión me tiene Su Majestad?

CLAUDIO.– Sois un hombre leal y honrado.

POLONIO.– Así procuro comportarme. Pero, ¿qué pensarían sus majestades de mí si, cuando vi germinar y crecer este amor apasionado... – y lo percibí, lo confieso, incluso antes de que mi hija me lo comunicara –... qué pensarían vuestras altezas si hubiese permanecido tan callado como un bufete o un libro encuadernado, o me hubiese metido los sentimientos en el colete, en silencio y sin decir una palabra, o hubiese hecho caso omiso de estos amoríos? ¿Qué habrían sus majestades pensado de mí? No; yo me puse inmediatamente en acción y le dije a mi hija, le dije: «El príncipe Hamlet pertenece a una esfera más alta que la tuya. Tales amores no pueden ni deben continuar». Y luego le prescribí que, si él la buscaba, se encerrase en su habitación y no admitiera ningún billete suyo ni aceptara muestras de afecto. Y me hizo caso; pero cuando el príncipe Hamlet vio sus desdenes, se entristeció, y perdió el apetito, y no podía dormir, y enflaqueció y le daban desmayos, y vino a caer en el estado de locura en que se encuentra ahora, el cual es causa de nuestra pesadumbre.

CLAUDIO.– ¿Crees que es esa la verdadera causa, Gertrudis?

GERTRUDIS.– Quizás... Probablemente.

POLONIO.– Alteza, me gustaría saber si ha habido jamás una ocasión en que una rotunda aseveración mía haya sido refutada por la evidencia.

CLAUDIO.– No que yo sepa.

POLONIO.– Separad *esto* (*señala su cabeza*) de *esto* (*señala su pecho*) si me equivoco en *esto*. Examinando fríamente, como es mi costumbre, la evidencia, siempre descubriré la verdad, se esconda donde se esconda, aunque sea en lo más profundo del corazón.

CLAUDIO.– ¿Cómo podremos indagar más sobre este asunto?

POLONIO.– Sus majestades saben que al príncipe le gusta dar largos paseos por este lugar.

GERTRUDIS.– Así es, en efecto.

POLONIO.– Bueno, pues cuando me entere de que está por aquí, llamaré a mi hija y le diré que se haga la encontradiza. Vuestra Majestad y yo nos ocultaremos mientras tanto detrás de una cortina y los espiaremos. Si el príncipe no da señales de amor, y por tanto concluimos que no es esa la causa de su locura, entonces dejaré los graves asuntos de estado y me enterraré en vida en una aldea, donde me dedicaré al estudio de la madre naturaleza.

CLAUDIO.– Lo intentaremos tan pronto se presente la ocasión.

Sale HAMLET absorto en la lectura de un libro.

GERTRUDIS.– Pero, mirad quién viene por allí. ¡Pobre hijo! Tan triste...

POLONIO.– ¡Váyanse sus majestades! Se lo ruego. Me acercaré a él ahora mismo... con vuestra licencia.

Se van los dos.

POLONIO.– ¡Señor! ¿Cómo estáis?

HAMLET.– Bien, gracias a Dios.

POLONIO.– ¿Me reconocéis, señor?

HAMLET.– Perfectamente. Sois el pescadero.

POLONIO.– ¿Yo? ¡No señor!

HAMLET.– Pues ya quisierais ser tan honrado como él.

POLONIO.– ¿Tan honrado, señor?

HAMLET.– Así es. Tal como está el mundo, seríais uno entre diez mil.

POLONIO.– Tenéis mucha razón, señor.

HAMLET.– Si el sol concibe gusanos en un perro muerto... ¿Tenéis una hija?

POLONIO.– Sí, señor.

HAMLET.– Pues no le permitáis pasearse al sol. Concebir es un placer, pero si la idea de concebir la concibe tu hija, eso es otro cantar.

HAMLET *se aleja leyendo.*

POLONIO.– ¿No lo dije? Sigue obsesionado por mi hija. Y, sin embargo, al principio no me reconoció y creyó que era el pescadero. Es que está ido, completamente ido. Si he de decir la verdad, yo también sufrí mucho en mi juventud, y de manera parecida, por cuestiones de amor. Pero vuelvo a hablarle.

Se acerca a HAMLET, que ha dado la vuelta todavía leyendo, y se pone a pasear con él.

POLONIO.– ¿Qué leéis, mi señor?

HAMLET.– Palabras, palabras y más palabras.

POLONIO.– ¿Cuál es el argumento?

HAMLET.– ¿El argumento entre quién?

POLONIO.– Quiero decir el argumento de lo que leéis, señor.

HAMLET.– Calumnias. Este sátiro sinvergüenza dice que los viejos tienen barbas blancas, caras llenas de arrugas, poca inteligencia, flojera de piernas, y ojos que rezuman un líquido ambarino parecido a la savia de los árboles. Con todo lo cual estoy completamente de acuerdo; pero no creo que sea decente ponerlo por escrito. Vos mismo podríais ser tan joven como yo, si pudieráis andar hacia atrás, como un cangrejo.

POLONIO (*aparte*) (Me parece que hay cierto método en su locura). ¿Os gustaría estar al resguardo del aire, señor?

HAMLET.– Cuando me entierren.

POLONIO.– (*aparte*) (Efectivamente. Allí estaría al resguardo incluso de un vendaval. Sus respuestas son muy atinadas. A menudo, la locura acierta donde fallan la razón y la cordura. Pero, creo que será mejor dejarlo solo con sus pensamientos y con mi hija.) Señor, me despido de vos.

HAMLET.— No hay nada que yo despidiría con mayor placer, excepto mi vida, excepto mi vida, excepto mi vida...

POLONIO.— Adiós, señor.

Se va POLONIO. Queda HAMLET solo.

HAMLET.— Últimamente, y sin saber por qué, he perdido toda la alegría y el deseo de ocuparme de las tareas cotidianas. Tengo tal pesadumbre en la mente que esta gran fábrica, la Tierra, me parece un promontorio yermo; y esa bóveda cristalina, ese firmamento majestuoso tachonado de fuego áureo, sólo me recuerda una infecta y nauseabunda licuefacción de vapores. ¡Qué obra de arte es el ser humano! Sus poderes de raciocinio le ennoblecen; sus facultades son infinitas; la forma de su cuerpo, su soltura y agilidad son dignas de admiración; su capacidad intelectual le acerca a los ángeles, ¡a los mismos dioses! Es lo más bello del mundo, el más perfecto de todos los animales y, sin embargo, no *puedo* deleitarme en la contemplación de lo que finalmente será tierra, polvo, sombra, nada.

Suenan unas trompetas y sale POLONIO.

POLONIO.— ¡Ah, señor! Los representantes acaban de llegar.

HAMLET.— Debo informaros de algo. Cuando Ginés era actor en Roma, hace cientos de años, los representantes llegaban montados en asnos.

POLONIO.— (*leyendo un papel que trae en la mano*) Dice aquí que son los mejores actores del mundo, ya sea para tragedias, comedias, comedias históricas, pastoriles, cómico-pastoriles, histórico-pastoriles, y para otras piezas inclasificables, incluso para recitar romances. Convierten a Séneca en poco aburrido y a Plauto en muy divertido. Sea para representaciones en palacio o en los teatros públicos, esta es la mejor compañía.

HAMLET.— ¿Sabéis qué tesoro tenía Jefté, juez de Israel, en su casa?

POLONIO.— ¿Qué tesoro tenía, señor?

HAMLET.— Una hija que amaba en demasía. Era «su única hija; y no tenía fuera de ella hijo ni hija».

POLONIO.— (*aparte*) (¡Siempre pensando en mi hija!)

HAMLET.— ¿No tengo razón, anciano Jefté?

POLONIO.— Si soy Jefté, entonces es verdad que tengo una única hija a la que amo en demasía.

HAMLET.— No, no es verdad.

POLONIO.— ¿Qué es lo que no es verdad, señor?

HAMLET.— Que la améis tanto como Jefté a su hija, a la cual no dudó en sacrificar a Jehová en cumplimiento de una promesa. «Y cuando él la vio, rompió sus vestiduras, diciendo: ¡Ay, hija mía! En verdad me has abatido y tú misma has venido a ser la causa de mi dolor.»

Sale el ACTOR y HAMLET se acerca a él ovidándose de POLONIO.

HAMLET.— ¡Bienvenido, bienvenido, querido amigo! Me alegro mucho de verte. Te has dejado crecer la barba, ¿eh? ¿Vienes por casualidad a subirte a mis barbas en Dinamarca? Quiero que recites una relación ahora mismo. Tengamos una prueba adelantada de tu arte. Oigamos versos conmovedores.

ACTOR.— ¿Qué relación, señor?

HAMLET.— La que te oí recitar en cierta ocasión. Aunque, si bien recuerdo, no llegó a representarse; o si se representó, fue solamente una vez, pues la pieza, como el caviar, no gustó a la gente común. Pero era, según oí decir a otros cuyo juicio respeto, una tragedia excelente, con lances bien desarrollados y elaborada con tanto arte como ingenio. Recuerdo que alguien dijo que no tenía ensalada de versos, para que el banquete fuese más sabroso; y que al poeta no se le podía acusar de pretencioso ni de afectado, pues su estilo era tan profundo como dulce. Lo que más me gustó fue el parlamento que Eneas dice a Dido, especialmente la parte en que pinta el asesinato de Príamo. Si te acuerdas bien, comienza con un verso que dice... ¿cómo es?

El rudo Pirro, como un tigre hircano...

No, no era así. Pero empezaba con Pirro:

*El rudo Pirro, cuya gran coraza,
tan oscura como sus intenciones,
a la negra noche se asemejaba
cuando furtivo yacía en el troyano
corcel, teñido está de la cabeza
a los pies de sangre de padres, madres,
hijos y doncellas. Las calles, rojas
como hornos del averno, contienen
flameantes edificios que iluminan,
envueltos en saña, odio y rencor,
los múltiples y espantosos crímenes
de su único dueño, rey y señor.
Así adornado de sangre cuajada,
con ojos ardientes como carbunclos,
el infernal Pirro a su presa busca:
Príamo, anciano padre del asesino
del padre de Pirro, el divino Aquiles.*

Continúa ahora tú.

POLONIO.— Por Dios, señor, que lo habéis recitado con brío y magníficos gestos.

¡Bien hecho!

ACTOR.— *Pronto Pirro halla al anciano Príamo
en vano pretendiendo matar griegos.
La vieja hoja, demasiado pesada,
de su débil brazo al suelo se abate,
lejos de su alcance. Estando el troyano
ahora a su merced, Pirro se le arroja,
la espada girando rabiosamente.
Pero bastó la racha de su acero
para que el viejo cayera de hinojos.
Entonces la fuerte ciudad de Troya,*

*como si hubiese recibido el golpe,
cabeza en llamas, se hunde en sus cimientos
y el horrísono estallido congela
de Pirro la espada que descendía
sobre la nevada cumbre de Príamo.
Como en la pintura de un regicidio,
así queda Pirro, la espada en alto,
neutro observador de su cuerpo y mente.
Y no hace absolutamente nada.*

POLONIO. – Esto se va alargando un poco.

HAMLET.– Lo llevaremos al peluquero junto con tu barba para que recorte a ambos. (*al*
ACTOR). Por favor, continúa. A éste sólo le gustan los entremeses y los chistes
verdes. Dale algo más largo y se duerme. Recita ahora lo de Hécuba.

ACTOR.– *¿Quién, cielos, ha visto a la móvil reina...*

HAMLET.– ¿Móvil? Yo diría... «más vil».

POLONIO. – Y yo también.

ACTOR.– *... descalza, queriendo sofocar fuegos,
de cada ojo un gran raudal de lágrimas,
con gorro de dormir donde corona
luciente resplandía antes, y una manta,
efecto del pánico, en vez de manto
real ciñendo sus ajadas vergüenzas?
Quien así la viera protestaría
por tan deshecha fortuna, y traición
de sus crueles hados lo llamaría.
Y si los mismos dioses en su Olimpo
hubiesen entonces visto a Hécuba
mirando horrorizada cómo Pirro
a punto estaba de arrancar de un tajo
los brazos y las piernas de su esposo,
sus muy desesperados alaridos*

*(a no ser que el dolor de los mortales
no conmueva a los que morir no pueden)
hubiesen hecho llorar las estrellas
y sufrir a los mismísimos dioses.*

POLONIO.– *(a HAMLET)* Mira, ¿no tiene el rostro desencajado y lágrimas en los ojos?
¡Basta, por favor!

HAMLET.– *(al ACTOR)* Ya es suficiente. Después me recitarás el resto. *(a POLONIO)*.
Y vos, mi buen señor, ¿podéis asegurarnos de que los comediantes reciban buen
hospedaje? ¿Me oís? Tratadlos bien, porque a su cargo está representar breve y
esencialmente las crónicas de nuestros tiempos. Más os vale un mal epitafio que un
retrato poco lisonjero en una de sus comedias.

POLONIO.– Señor, los trataré como se merecen.

HAMLET.– ¡Por Dios, hombre, mucho mejor que eso! Si todos recibiéramos lo que nos
merecemos, ¿quién se libraría de cien azotes? Tratadlos como os gustaría que os
trataran: con honor y dignidad. Cuanto menos creais que se merecen tanto mayor
valor tendrá vuestra generosidad hacia ellos. *(al ACTOR)* Id con él.

POLONIO.– Ven conmigo.

HAMLET.– Sígueme. Y mañana tendremos función. ¿Os habéis aprendido *El asesinato de
Gonzago*?

ACTOR.– Sí, mi señor.

HAMLET.– Hacedlo mañana. Y ¿podrías, si fuese necesario, insertar un trozo de unos
doce o dieciséis versos que yo os escribiría? ¿Podrías hacerlo?

ACTOR.– Sí, señor.

HAMLET.– Espléndido. Vete con ese caballero, pero sin burlarte de él ¿eh? Hasta
mañana, pues, mi buen amigo. ¡Bienvenido a Elsinor!

ACTOR.– Adiós, señor.

Se van el ACTOR y POLONIO. Queda HAMLET solo.

HAMLET.– Sí, adiós, adiós. ¿No es increíble que ese actor, fingiendo una emoción, con
pasión imaginada, ponga tanta alma y vida en su ejecución que su rostro palidezca,

se le salten las lágrimas, su expresión refleje inmenso dolor, la voz se le estrangule y su figura toda se amolde tan perfectamente al papel? Y todo ello... sin motivo alguno. ¡A causa de Hécuba! Pero ¿quién es Hécuba para él o quién es él para Hécuba? ¿Por qué ha de llorar por ella? ¿Qué no haría este actor si tuviese la razón y el motivo que *yo* tengo para dejarse llevar por la emoción? Anegaría el tablado con su llanto y escandalizaría los oídos del público con un discurso que causaría horror y admiración: el culpable enloquecería de remordimiento, el inocente se espantaría y el ignorante quedaría atónito. Yo, por el contrario, lerdo y *flébil* de espíritu, sólo sé lamentarme, como indolente soñador, incapaz de comprometerme en mi causa, sin nada que decir. No, ni siquiera a favor de un rey como fue mi padre, a quien alevosamente robaron vida y reino. ¿Es que soy un cobarde? ¿Quién me llama villano? ¿Quién me da un bofetón o me tira de la barba o de la nariz o me da con un *mentís* que se me clave en lo más profundo de las entrañas? ¿Quién se atreve a hacerlo? ¿Nadie? Pues probablemente se lo toleraría. Porque tengo hígado de gallina y me faltan agallas para arrancar estas cadenas que me queman el alma. Si no fuese así, ya habría cebado las aves rapaces de estos lugares con las tripas de ese maldito, traidor, grosero, desvergonzado, lujurioso y desnaturalizado ladrón. Pero ¡qué necio soy! ¡Ah, bravo! Asesinan a mi padre, el cielo y el infierno me espolean para que tome venganza y todo lo que hago es quejarme y lloriquear como una Magdalena, y maldecir mi suerte como un puto. ¡Vergüenza debe darme! ¡Vergüenza de mí mismo! Pero ya basta. Basta de recriminaciones. Valgámonos ahora de la astucia. En cierta ocasión oí decir que durante una representación teatral, unos hombres, conmovidos por sentimientos expresados con gran arte en escena, sintieron tales remordimientos que allí mismo confesaron públicamente sus crímenes. Pues, aunque el crimen no tenga lengua, a veces habla. He pensado, pues, que estos actores, siguiendo mis indicaciones, representen algo parecido al asesinato de mi padre en presencia de mi tío. Pondré así a prueba sus nervios y *observaré* atentamente sus reacciones. Si se altera, ya sabré lo que hacer. Existe la posibilidad de que el aparecido fuese un demonio, pues poder tiene Satanás para fingir formas agradables a la vista. Sí, y quizás aprovechándose de mi debilidad, de mi melancolía, esté intentando engañarme para condenar mi alma al infierno para toda

la eternidad. Pero si la representación de esta noche logra disipar mis dudas, entonces tendré una razón más poderosa que la que me dio el espectro para ponerme en acción. El teatro será el lazo que atrape la conciencia del rey.

ESCENA VII

Salen GERTRUDIS, CLAUDIO, POLONIO y OFELIA.

POLONIO.— ...y me ha rogado que pida a vuestras majestades que asistan a la representación de esta noche.

CLAUDIO.— Allí estaré y con sumo placer, pues me alegra comprobar que se interesa por algo tan inofensivo como es el teatro.

GERTRUDIS.— Podéis decirle que yo también iré.

CLAUDIO.— Y ahora, amada Gertrudis, debes dejarnos solos. He mandado recado a Hamlet para que venga aquí pronto, a hablar conmigo en privado. Pero mi intención es que *accidentalmente* se encuentre con Ofelia. Su padre y yo nos esconderemos detrás de aquella cortina para ver sin ser vistos. Y así esperamos averiguar, observando su conducta, si la causa de su desconsuelo es el amor que siente por Ofelia o no.

GERTRUDIS.— Te obedezco. Pero antes quiero decirte algo, Ofelia. Sinceramente espero que la causa de las manías de Hamlet *sea* tu belleza. Y también que sean tus virtudes, Ofelia, las que le devuelvan al camino de la normalidad, para mayor honra de los dos.

OFELIA.— Así lo espero yo también, señora.

Se va la REINA.

POLONIO.— Ofelia, paséate por aquí. Pero con elegancia y discreción. El Rey y yo nos ocultaremos allá. Y lee este libro mientras esperas, pues la *apariencia* de tal actividad mostrará tu temor de Dios. A menudo se ha comprobado que so capa de devoción y obras pías se puede ocultar el mismo diablo. Ya viene por allí. Escondámonos, señor.

Sale HAMLET *por un lado* mientras OFELIA *permanece, desapercibida por él, al*

otro extremo del tablado.

HAMLET.– Ser o no ser. Esa es la cuestión. ¿Qué es más noble? ¿Permanecer impasible ante los avatares de una fortuna adversa o afrontar los peligros de un turbulento mar y, desafiándolos, terminar con todo de una vez? Morir es... dormir... Nada más. Y durmiendo se acaban la ansiedad y la angustia y los miles de padecimientos de que son herederos nuestros míseros cuerpos. Es una deseable *consumación*: Morir... dormir... dormir... tal vez soñar. Ah, ahí está la dificultad. Es el miedo a los sueños que podamos tener al abandonar este breve hospedaje lo que nos hace titubear, pues a través de ellos podrían prolongarse indefinidamente las desdichas de esta vida. Si pudiésemos estar absolutamente seguros de que un certero golpe de daga terminaría con todo, ¿quién soportaría los azotes y desdenes del mundo, la injusticia de los opresores, los desprecios del arrogante, el dolor del amor no correspondido, la desidia de la justicia, la insolencia de los ministros, y los palos inmerecidamente recibidos? ¿Quién arrastraría, gimiendo y sudando, las cargas de esta vida, si no fuese por el temor de que haya algo después de la muerte, ese país inexplorado del que *nadie* ha logrado regresar? Es lo que inmoviliza la voluntad y nos hace concluir que mejor es el mal que padecemos que el mal que está por venir. La *duda* nos convierte en cobardes y nos desvía de nuestro racional curso de acción. Pero... interrumpamos nuestras filosofías, pues veo allí a la bella Ofelia. Ninfa de las aguas, perdona mis pecados y ruega por mí en tus plegarias.

OFELIA.– Señor, ¿cómo estáis? Hace muchos días que no sé de vos.

HAMLET.– Muy bien... Te doy las gracias por preguntar.

OFELIA.– Aquí os traigo algunos regalos vuestros que hace ya muchos días quería devolveros. Os pido que los aceptéis.

HAMLET.– ¿Regalos míos? No, yo nunca te regalé nada.

OFELIA.– Señor, vos sabéis muy bien que me los disteis. Y con tan dulces palabras que los hizo doblemente valiosos para mí. Pero ahora que su perfume se ha disipado, quiero devolvéroslos. Para las almas nobles los regalos pierden su valor cuando la persona que los ha dado muestra poca gentileza.

HAMLET.– ¡Ah! ¿tenéis un alma noble?

OFELIA.– ¿Señor?

HAMLET.– ¿Eres bella?

OFELIA.– ¿Qué queréis decir?

HAMLET.– Que si eres bella y de alma noble, entonces no deberías permitir que se hablara de tu belleza.

OFELIA.– ¿Es posible hablar de belleza sin nobleza?

HAMLET.– ¡Absolutamente! La belleza fácilmente corrompe un alma noble, pero un alma noble difícilmente hará virtuosa a la belleza. Para los Antiguos eso era una paradoja, pero en los tiempos que corren es un casi un axioma. Hubo un tiempo en que te amaba...

OFELIA.– Así me lo hicisteis creer, señor.

HAMLET.– Pues no deberías haberlo creído. La verdad ya no se encuentra en los hombres, aunque finjan decirla. Nunca te amé...

OFELIA.– Entonces me engañé a mí misma.

HAMLET.– ¡Vete a un convento! ¿Es que deseas ser madre y dar al mundo más pecadores de los que ya hay? No soy peor que la mayoría de los hombres, pero ¡ojalá hubiese muerto en el vientre de mi madre! Soy orgulloso, vengativo, ambicioso y despreciable. Pero ¿qué quieres que haga cuando me arrastro como un gusano entre la tierra y el cielo? Los hombres somos todos unos miserables. No pongas tu fe en ninguno de nosotros. ¡Vete a un convento! ¿Dónde está tu padre?

OFELIA.– En su casa, señor.

HAMLET.– Mantenlo encerrado bajo llave; y no le permitas hacer el tonto más que en su propia casa. Adiós.

OFELIA.– ¡Dios mío, tened piedad de él!

HAMLET.– Pero si decides casarte, sírvate esta predicción de regalo de boda: Aunque seas más fría que el hielo y más blanca que la nieve, no podrás evitar la calumnia. ¡Vete a un convento, te digo! O cástate con un imbécil, porque un listo sabe muy bien que lo convertirás en un monstruo mendaz. ¡Vete a un convento! ¡Y pronto!

OFELIA.– ¡Oh santos del cielo, devolvedle la salud!

HAMLET.– Y no pienses que me engañas con tus afeites y acicaladuras. Dios te da un rostro y tú te pones otro. Meneas las caderas provocativamente, adoptas voz de niña

y finges ignorancia cuando sabes latín. ¡Vete a...! Pero no quiero repetirlo, que me enfureces más. No se hable más de boda. Los que ya están casados no tienen remedio, pero los demás todavía nos podemos salvar. ¡Vete a un convento! ¡Vete de una vez!

Se va HAMLET.

OFELIA.– ¡Oh, cómo me duele ver desvariar una mente como la suya! ¡Él, que tiene lengua de cortesano, imaginación de poeta y espada de soldado... que es la esperanza y la flor de su país, modelo de elegancia, espejo de gentileza ... al que todos admiran ... diciendo disparates! Triste de mí, yo, que gusté de la miel de sus dulces promesas, escucho ahora el discurso disonante, cual música de instrumento desafinado, de una mente antes preclara y sin par. Yo, que lo conocí en toda su gloriosa juventud, he de verle ahora en la miseria de su estado.

Salen CLAUDIO y POLONIO *de donde estaban escondidos*.

CLAUDIO.– ¿Enamorado? A mí no me parece que cojee de ese pie. Y lo que dijo, aunque le faltaba cierta lógica, no era discurso de loco. Siento que algo le apesadumbra y el descubrimiento de la causa de su melancolía puede resultar peligroso. Para evitar cualquier riesgo, he pensado que lo mejor será enviarlo a Inglaterra, a demandar el tributo que nos debe su rey. Con un poco de suerte, los aires del mar y de un país diferente le harán olvidar lo que le aqueja y le arrancarán de raíz ese pensamiento que le bulle en la mente y que le desasosiega de tal manera. ¿Qué piensas?

POLONIO.– El viaje le hará bien. Pero sigo creyendo que el origen y comienzo de su melancolía procede de un amor no correspondido. ¿Qué opinas, Ofelia? Pero no tienes que decirnos nada, pues lo hemos oído todo. Señor, vos siempre tendréis la última palabra, pero, si aceptáis un consejo mío, permitid que, después de la representación de esta noche, Su Majestad la Reina vea en privado al príncipe Hamlet. Que le pregunte la causa de su dolencia, y le hable con claridad. Yo me

ocultaré cerca de ellos, si os parece bien, y escucharé la conversación. Si Su Majestad no logra descubrir lo que le melancoliza, entonces enviadlo a Inglaterra o encerradlo donde mejor os parezca.

CLAUDIO.– Seguiré tu consejo, Polonio. Supongo que habrá que emular las locuras de *una mente preclara*.

ESCENA VIII

Salen HAMLET y un ACTOR.

HAMLET.— Asegúrate de que lo recitan como lo recité yo... con rítmica fluidez. Si lo van a vocear, como hacen tantos otros, igual se lo doy alregonero. ¡Y que no abofeteen el aire! Diles que muevan las manos con naturalidad. Porque incluso en medio de un torrente, o una tempestad... o, mejor dicho, un torbellino de pasión, han de crear la impresión de sencillez. ¡Ay, cómo se me crispan los nervios cuando veo a un pelucón hacer trizas de una auténtica emoción sólo para llamar la atención de los mosqueteros! ¡Pero si esa gente no sabe apreciar más que los graznidos y cabriolas sin sentido de los comicastro! Palos daría yo a un actor que exagerara el papel de Tamerlán, que sería mayor crueldad que las que cometió el mismo Herodes. Que lo eviten.

ACTOR.— Así lo prometo a Vuestra Alteza.

HAMLET.— Pero tampoco deben ser demasiado tibios. Que el gesto concuerde con las palabras y las palabras con el gesto... sin violar jamás la modestia de la madre naturaleza. Sabe que todo exceso se aleja del verdadero objetivo del actor, que siempre fue, es y será ... reflejar la realidad, por así decirlo, en un espejo; mostrar a la virtud su propia imagen y al mal su verdadera faz; y revelar fielmente la esencia y perfil de la época en que vivimos. Mas si exageran el gesto o equivocan la cadencia del discurso conseguirán hacer reír a los mosqueteros, pero apenarán a los discretos, cuya censura es la única que importa. He visto yo en escena a algunos actores que se contoneaban y vociferaban de tal manera que me llevaron a la conclusión de que eran abortos de los *aprendices* de la madre naturaleza... tan abominablemente imitaban a los seres humanos.

ACTOR.— Señor, espero que nosotros nos hayamos curado de esos excesos.

HAMLET.— ¡Extirpadlos de raíz! Y en cuanto a los graciosos, no les dejéis decir más que lo que el poeta ha escrito para ellos, porque muchos hay que meten morcillas y se ríen para hacer reír a los ignorantes del patio. Y lo hacen cuando es preciso que

los presentes presten atención a algún asunto esencial de la obra. Hacer eso es de villanos y botón de muestra de una lamentable ambición. Anda, vete y prepáralos.

Se va el ACTOR y sale POLONIO.

HAMLET.– ¡Ah, Polonio! Dime, ¿asistirá el Rey a la representación?

POLONIO.– Y también la Reina. Pronto vendrán.

HAMLET.– Di, pues, a los actores que se den prisa.

Se va POLONIO.

HAMLET.– ¡ Horacio!

Sale HORACIO.

HORACIO.– Señor, a vuestro servicio.

HAMLET.– Horacio, amigo mío. Esta noche habrá una representación ante el Rey. Una de las escenas simula las circunstancias, que yo me sé, de la muerte de mi padre. Cuando comience, *observa* con toda atención la reacción de mi tío y señor. Si durante ese paso, su secreto no se le escapa de la prisión donde lo tiene encerrado, entonces lo que vimos los dos el otro día es solamente un alma en pena y mi imaginación es más lúgubre que la fragua de Vulcano. No le quites ojo, que yo pienso clavarle los míos en su mismísima cara. Y después intercambiaremos pareceres . . . para llegar a un acuerdo sobre el significado de lo que hemos observado.

HORACIO.– Vuestra Alteza puede estar seguro de que, si el ladrón se me escapa durante la representación, yo pagaré por el robo.

HAMLET.– Ya vienen. Me haré el distraído. Tú busca un buen sitio.

Toque de clarines. Salen POLONIO con un taburete, que coloca en el tablado y OFELIA, que se sienta sobre él. Se supone que, mientras tanto, el REY, la REINA

y su cortejo se están sentando en algún lugar fuera del escenario, invisibles al público. Si es posible, el público deberá ver los pies de ambos personajes apoyados sobre un cojín o almohada.

POLONIO.– [a OFELIA] Aquí te puedes sentar.

HAMLET.– [a OFELIA] ¿Permites que me recueste en tu regazo?

OFELIA.– ¡No, mi señor!

HAMLET.– Solamente quiero apoyar la cabeza en tus rodillas.

OFELIA.– Ah, bueno.

HAMLET.– ¿Creías que deseaba otra cosa?

OFELIA.– No creí nada, señor.

HAMLET.– ¡Ah, qué idea más seductora! Meterse entre las piernas de una doncella.

OFELIA.– ¿Qué decís, señor?

HAMLET.– Nada.

OFELIA.– Estáis muy alegre.

HAMLET.– ¿Quién? ¿Yo?

OFELIA.– Vuestra Alteza.

HAMLET.– ¡Ah! Es que no hay más remedio que estar alegre. Observa lo alegre que está mi madre, cuando hace apenas dos horas que murió mi padre.

OFELIA.– Señor, se han cumplido ya . . . dos meses.

HAMLET.– ¿Tanto tiempo? Pues al diablo con este luto. A partir de hoy me visto de armiño. ¡Cielos! Hace dos meses que murió ¿y todavía no ha sido olvidado?

Entonces aún hay esperanza de que la memoria de un gran hombre siga viva... seis meses después de su sepelio.

Se oyen unas trompetas. Comienza la pantomima. Salen el REY y la REINA. La REINA abraza al REY. El REY abraza a la REINA. El REY toma a la REINA en brazos y la besa en el cuello. Se acuestan ambos en una cama de flores y se besan y abrazan. El REY se queda dormido. La REINA se levanta y se va. Sale LUCIANO; le quita la corona al dormido REY y la besa. Vierte un frasco de veneno en los oídos del REY y sale. Sale la REINA. Ve al REY muerto. Finge gran pasión. Sale

LUCIANO *con unos sacamuertos*. LUCIANO *consuela a la REINA*. *Los sacamuertos se llevan el cadáver*. LUCIANO *galantea a la REINA y la regala*. La REINA *lo desdeña primero pero al final lo acepta*. *Se van todos*.

OFELIA.– ¿Qué significa esto, señor?

HAMLET.– Una calamidad... para un mal actor.

OFELIA.– Quizás la pantomima resuma el argumento de la tragedia.

HAMLET.– Veremos lo que nos dice el que entra ahora. Los farandurelos no pueden callarse nada: lo cuentan todo.

OFELIA.– ¿Este nos va a explicar el significado de lo que acabamos de ver?

HAMLET.– Sí . . . Y te explicará el significado de cualquier cosa que le muestres. Si a ti no te avergüenza mostrárselo, a él no le avergonzará explicártelo.

OFELIA.– ¡Qué malo sois! ¡Qué malo! Prestaré atención a sus palabras.

Sale el ACTOR y recita el Prólogo.

*Discreto e ilustradísimo Senado,
humildemente sobre este tablado,
sometiéndonos a vuestra clemencia,
os rogamos que escuchéis... con paciencia.*

Se va el ACTOR.

HAMLET.– ¿Es esto un Prólogo o una aleluya?

OFELIA.– En verdad, señor, que ha sido algo corto.

HAMLET.– Como el amor de una mujer.

Comienza la representación. Salen el REY y la REINA.

REY.– Treinta veces ha recorrido el carro de Febo el salado reino de Neptuno y el orbe de Gea, y treinta veces ha sido perseguido alrededor del mundo por doce lunas con

resplandor prestado, desde el día en que Amor unió nuestros corazones e Himeneo enlazó nuestras manos en santo matrimonio.

REINA.– Que el sol y la luna nos permitan contar otras tantas revoluciones antes de que concluya nuestro amor. Pero, ¡triste de mí!, que te veo tan turbado, tan poco feliz, tan ajeno a nuestra antigua dicha, que me preocupo por ti. Pero aunque yo esté agitada, no permitas, señor, que nada enturbie tu paz. Las mujeres tememos cuando estamos enamoradas. Nuestro recelo late en perfecta concordancia con nuestro amor. Cuanto más amor, más recelo y la más mínima duda nos hace temblar.

REY.– Mas, ¡ay!, que yo tendré que dejarte algún día . . . y no muy lejano. Mis fuerzas decaen. Ya no soy el que fui. Y tú te quedarás en este hermoso mundo sola, honrada, querida de todos . . . y quizás encontrarás a otro hombre que te ame tanto como . . .

REINA.– ¡Detén tu lengua! ¡No quiero más marido que tú! Traicionaría al corazón si me enamorase de otro. La maldición del cielo caería sobre mí. Casarse con un segundo hombre sería... como asesinar al primero.

HAMLET.– ¡Ah! Demasiado directo . . .

REINA.– El interés, nunca el amor, es lo único que me movería a casarme por segunda vez. Si un segundo marido me besara en la cama, sentiría que estaba asesinando al primero por segunda vez.

REY.– Sé que crees en lo que dices, pero cuán común es quebrar las promesas que nos hacemos. Las buenas intenciones son esclavas de la memoria, cuya firmeza debilita el tiempo. La fruta verde se adhiere tenazmente al árbol, pero cuando está madura cae sin necesidad de que lo sacudamos. Todo en este mundo es pasajero y no debe sorprendernos que incluso nuestro amor sea tan volterio como nuestra fortuna. Así, pues, ahora crees que nunca tendrás segundo marido, pero ese pensamiento morirá cuando muera tu primer esposo.

REINA.– ¡Que la tierra me niegue su fruto y los cielos su luz; que me falten el reposo y la alegría noche y día; que mi fe y mi esperanza se vuelvan desesperación; que sólo conozca el contento de un ermitaño en su prisión si . . .

HAMLET.– (*a OFELIA*) ¡Uy, si rompe su palabra ahora . . .!

REINA.– . . . viuda me vuelvo a casar!

REY.– Esa promesa surge de lo más profundo de tu ser. Pero ahora, querida esposa, déjame descansar un rato. Me encuentro algo fatigado y querría engañar al largo día haciéndole creer que ya es de noche.

REINA.– Descansa y que la desgracia nunca se interponga entre los dos.

Se va la REINA y el REY se acuesta y queda dormido.

HAMLET.– (a OFELIA) ¿Te gusta la representación?

OFELIA.– Me parece que la dama promete demasiado.

HAMLET.– ¡Ah, pero seguro que cumplirá su promesa!

OFELIA.– La pantomima que vimos sugería otra cosa.

HAMLET.– Pero eso era pura burla. Incluso el envenamiento era de broma.

OFELIA.– ¿Qué título lleva?

HAMLET.– La ratonera. Qué alegórico, ¿verdad? Describe un asesinato que tuvo lugar en Viena. El nombre del duque es Gonzago y su mujer se llama Baptista. Fue un crimen infame, ya verás. Pero eso es lo de menos, ya que no atañe a nadie aquí presente. ¡Que se rasquen los que sientan picor! Ahora entra Luciano, el sobrino del Rey.

OFELIA.– Hacéis bien el papel del coro.

HAMLET.– Si pudiese leer tu mente, podría servir de intérprete entre tú y tu amor.

OFELIA.– Estáis muy agudo, señor.

HAMLET.– Quitarme la agudez te costaría un dulce gemido.

OFELIA.– Cuanta más agudez, mayor malicia.

HAMLET.– Así malinterpretan las mujeres lo que dicen sus maridos.

Sale LUCIANO.

HAMLET.– ¡Comienza ya, asesino! Deja de hacer gestos y comienza ya. ¡Vamos, que el cuervo grazna pidiendo venganza!

LUCIANO. Los pensamientos, negros; las manos, listas; los venenos, los adecuados; y la hora, la conveniente. No hay nada ni nadie que pueda *observarme*. ¡Oh, tú fétida

mezcla de hierbas cortadas al filo de la medianoche, tres veces inyectadas del veneno de Hécate, tres veces maldecidas por ella, tu magia natural unida a las propiedades del maléfico hechizo robarán la vida al más sano de los mortales!

HAMLET.– Ahora le envenenará en el jardín. Se llama Gonzago. La historia es verdadera y está escrita en bello estilo italiano. Pronto verás cómo el asesino logra enamorar a la viuda de Gonzago.

OFELIA.– ¡El Rey se ha puesto de pie!

POLONIO.– (*Entra y detiene a LUCIANO*) ¡Se suspende la representación! ¡Luces! ¡Paso a Sus Majestades! ¡Fuera todos!

Se van todos, excepto HAMLET y HORACIO.

HAMLET.– (*declamando irónicamente*)

*¡Oh, dejad que el ciervo herido
llore viendo retozar al corzo sano!
Unos velan y otros duermen.*

Dime, Horacio, si la fortuna me es contraria y finjo ser actor de provincias, ¿crees que con estos versos míos adornados de mil florituras podré conseguir un contrato en una compañía de comediantes?

HORACIO.– Para papeles de por medio, señor.

HAMLET.– ¡Oh no! Por lo menos de segundo o tercer galán. (*Recita*)

*¿No sabéis, caro Damón,
que desmantelado fue
este reino por Júpiter
y gobernado es ahora
por un . . . pavo muy real?*

HORACIO.– Deberíais hacerlo rimar.

HAMLET.– ¡Ah, mi buen Horacio! Te apuesto mil libras a que el aparecido me dijo la verdad. ¿Lo observaste?

HORACIO.– Muy bien, señor.

HAMLET.– ¿Te fijaste en su reacción cuando mencionaron el veneno?

HORACIO.– La vi perfectamente, señor.

HAMLET.– (*Queda pensativo unos momentos y de repente exclama:*) ¡Música!

¡Tengamos música! ¡Vamos! Que salgan los músicos con sus instrumentos. Si al Rey no le agrada la representación de mi tragedia, entonces tampoco le complacerá la música. Así que, con tal de que sea cosa que desagrade al Rey, ¡tengamos música!

Sale POLONIO y sus palabras son como un jarro de agua fría para Hamlet.

POLONIO.– Señor, Su Majestad la Reina desea veros ahora mismo.

HAMLET.– (*se acerca a POLONIO y apunta al cielo*) ¿Ves esa nube en forma de camello?

POLONIO.– Sí, sí. Es idéntica a un camello.

HAMLET.–No, no. Yo creo que se parece más bien a una comadreja.

POLONIO.– Tenéis razón, la espalda es igual que la de la comadreja.

HAMLET.– O como la de la ballena.

POLONIO.– Tiene un gran parecido a una ballena.

HAMLET.– (*con brusquedad, cansado del juego*) Di a mi madre que iré a verla pronto.

Se va POLONIO meneando la cabeza.

HAMLET.–Horacio, amigo mío, déjame solo, por favor.

HORACIO.– Como gustéis.

Se va HORACIO. Se oyen en la lejanía las campanadas de la medianoche.

HAMLET.– Ha sonado la medianoche, la hora de las brujas, cuando en los cementerios bostezan las tumbas y el hálito del Infierno se escapa por ellas para inficionar el mundo. En esta hora sería capaz de beber sangre tibia y de cometer crímenes que causarían espanto vistos a la clara luz del día. Pero he de controlarme. Pensar en mi madre. ¡Oh, alma mía, no te olvides de tu verdadero ser, no permitas que te contagie

el espíritu del matricida Nerón! Déjame ser cruel, pero no odioso. Mi lengua será un cuchillo, aunque no haga saltar la sangre. Pues aunque la condene con palabras, mi alma nunca consentirá que ponga esas palabras en *acción*.

ESCENA IX

Sale CLAUDIO, paseando nervioso y pensativo. Hay un reclinatorio en un extremo del escenario. Sale POLONIO.

POLONIO.— Señor. El príncipe se dirige al aposento de su madre. Si os parece bien, me volveré a esconder detrás de una cortina para oír lo que digan. Estoy seguro de que ella le regañará y él recobrará la cordura. Me voy ahora, pero vendré a veros antes de que os retiréis para referiros lo que descubra.

CLAUDIO.— Gracias.

Se va POLONIO.

CLAUDIO.— Sí, ya sé que mi crimen es nauseabundo. ¡La voz de la sangre de mi hermano clama al cielo! Es el delito del fratricida Caín, maldito de la tierra. Quiero rezar y no puedo, pues mis remordimientos frenan mi libre albedrío. Si esta mano mía estuviera denegrida con la oscura sangre de mi hermano, ¿habría suficiente lluvia en el cielo para dejarla blanca como la nieve? Pero, ¿cómo podré alcanzar la misericordia divina si no es mirando mi delito cara a cara? ¿Y para qué sirve la oración? ¿Para no dejarnos caer en la tentación o para obtener el perdón de nuestras culpas? Yo ya caí en la tentación. ¿Con qué plegaria podré obtener perdón por mi monstruoso crimen? Con ninguna, pues todavía gozo de los bienes por los que lo cometí: la corona, que era mi ambición, y la reina. ¿Se puede conseguir el perdón y disfrutar al mismo tiempo del usufructo del crimen? ¡Ay, mísero de mí! ¡Ah, corazón tan negro como la muerte! ¡Oh, alma encadenada! ¡Cuanto más luchas por ganar la libertad tanto más quedas atrapada! ¡Ángeles del cielo, auxiliadme! Trataré de rezar. Doblaré mis inflexibles rodillas (*se pone de rodillas en el reclinatorio*). Quizás los hilos de acero que aprietan mi corazón se pongan tan blandos como tendones de recién nacido. (*Inclina la cabeza y se tapa la cara con las manos*).

Sale HAMLET, que lo ha estado observando, de detrás de la cortina y se acerca a él, puñal en mano.

HAMLET.–Ahora puedo hacerlo... (*se acerca a CLAUDIO por detrás, levanta el puñal*)

Pero está rezando. Si lo hago ahora, irá derecho al cielo... ¿y qué venganza sería esa? ¡El infame mata a mi padre y yo, su único hijo, lo mando al cielo! ¡Al cielo! Eso sería recompensa y no venganza. Cometió pecado mortal asesinando a mi padre. Luego, perpetró tantas ofensas contra la Religión como flores hay en el mes de mayo. Nadie, excepto Dios, conoce el verdadero estado de su alma; pero sus muchos pecados me hacen pensar que la balanza se ha inclinado en su contra. ¿Será entonces venganza matarlo cuando está purgando el alma, en estado inmejorable para embarcarse en su último viaje? No. Aguardaré una oportunidad más favorable. Cuando esté borracho, o dormido, o blasfemando destemplado por la ira... o yaciendo en los brazos del placer incestuoso. Cuando no tenga la más mínima posibilidad de salvarse. Entonces le pondré la zancadilla, y su alma maldita se precipitará a las tenebrosidades del infierno dando inútiles coces al cielo. Mi madre espera... (A CLAUDIO) El remedio que te receto... prolongar tu agonía.

Vase HAMLET.

CLAUDIO.– Mientras mis palabras trepan al cielo, mis pensamientos se quedan en el suelo. Mas voces vanas de penas, nunca escalan celestiales almenas.

ESCENA X

Salen POLONIO y GERTRUDIS.

POLONIO.– Vendrá muy pronto. Su Majestad debe ser firme con él, decirle que no tolerará sus extravagancias, que si sus acciones no han acarreado serias consecuencias es porque vos le habéis protegido. Yo me esconderé aquí.

GERTRUDIS.– Haré lo que me aconsejáis. (*Se oye la voz de HAMLET en la distancia diciendo «¿Madre? ¿Madre?»*) Pero, escondéos, que lo oigo venir.

POLONIO *se esconde tras una cortina. Sale* HAMLET.

HAMLET.– ¿Para qué querías verme, madre?

GERTRUDIS.– Hamlet, has ofendido gravemente a tu padre.

HAMLET.– Madre, has ofendido gravemente a mi padre.

GERTRUDIS.– ¡Por favor, Hamlet! Tu respuesta carece de sentido.

HAMLET.– ¡Por favor, madre! Tu pregunta tiene demasiado sentido.

HAMLET *desenvaina la espada.*

GERTRUDIS.– ¡Hamlet! ¿Qué significa esto?

HAMLET.– No sé, madre. ¿Qué significa esto?

GERTRUDIS.– ¿Te has olvidado de quién soy?

HAMLET.– No. Juro por la cruz que no lo he olvidado. Eres la reina, la esposa del hermano de tu marido. Y, aunque desearía que no fuese así, también eres mi madre.

GERTRUDIS.– Me niego a continuar esta conversación. ¡Llamaré a alguien a quien tendrás que escuchar!

HAMLET.– Madre, siéntate. No saldrás de aquí hasta que te muestre reflejado en un espejo lo más hondo de tu alma.

GERTRUDIS.– Tú harás... ¿qué? ¡A mí no me vas a asesinar! ¡Socorro, socorro!

POLONIO.– (*detrás de la cortina, que se mueve visiblemente*) ¡Socorro, socorro!

HAMLET.– ¿Qué oigo? ¿Una rata? ¡Aquí la mato!

Acuchilla la cortina y cae POLONIO sangrando al tablado.

POLONIO.– ¡Ay, infelice de mí! ¡Muerto soy!

GERTRUDIS.– ¡Hamlet! ¿Qué has hecho?

HAMLET.– No sé. ¿Es el Rey?

GERTRUDIS.– ¡Ah, qué crimen tan espantoso!

HAMLET.– Sí, ¡casi tan espantoso como asesinar a un monarca y casarse con su hermano!

GERTRUDIS.– ¿Asesinar a un monarca?

HAMLET.– Sí, madre. Eso es lo que he dicho. *(Al cadáver de POLONIO)* Y a ti, desdichado, atrevido, entrometido bufón, te digo que me equivoqué creyendo que eras alguien de una esfera superior: fue tu mala suerte. *(A GERTRUDIS)* Y tú, ¡deja de estrujarte las manos, que yo me encargo de estrujarte el corazón! Si no es que el vicio te lo ha endurecido tanto que lo tengas sordo a los sentimientos.

GERTRUDIS.– ¿Qué he hecho para merecer que me hables así, Hamlet?

HAMLET.– Lo que has hecho enturbia la hermosura de la virtud, ofende al recato y lo tilda de hipócrita, borra el rubor de la frente del amor honesto y muda las sagradas promesas de la boda en juramentos de tahúres. Lo que has hecho desraíza el alma del contrato matrimonial y convierte el evangelio en un revoltijo de palabras sin sentido. La faz de los cielos se encandece de horror al contemplar la magnitud de lo que has hecho.

GERTRUDIS.– ¡Oh Hamlet, mi Hamlet!

HAMLET.– Mira este retrato y ese otro. Simulacros pintados son de dos hermanos. Observa esta frente despejada, estos ojos penetrantes como los del dios de la guerra, ojos para amenazar y para mandar. Presta atención a su postura, como la de Mercurio encumbrado en alguna eminencia. Parece que los dioses se pusieron por primera vez de acuerdo para decir al mundo entero: ¡esto es un hombre! Este era tu marido. Ahora, mira a ese otro, como manzana podrida que inficiona a su hermano sano. ¿Tienes ojos? ¿Cómo puedes haber dejado a este hombre que es un monte por

ese otro que es una ciénaga?¿Qué demonio te engañó? ¡Vergüenza debería darte!

GERTRUDIS.– ¡Oh Hamlet! No digas nada más. Has logrado verdaderamente que me mire en lo más hondo de mi alma y todo lo que veo allí son horribles manchas negras que jamás podré lavar.

HAMLET.– No, no podrás lavarlas; pero seguir durmiente junto al sudor pestilente de ese hombre, sumida en la corrupción, copulando en una pocilga....

GERTRUDIS.– ¡No más, Hamlet! Tus palabras se me clavan como vidrios en el corazón. No más...

HAMLET.– ¡Un asesino y un canalla! Una sabandija indigna de besar la suela de los zapatos de tu primer marido... ¡Un rey contrahecho! Un ladrón del reino y del trono, que nos ha robado la joya más hermosa de la corona (*en referencia a su madre*) y se la metido en la faltriquera.

GERTRUDIS.– No más...

VOZ (*en off*).– ¡Hamlet...!

HAMLET.– (*dirigiéndose al espectro invisible*) ¿Qué quieres de mí? ¿Vienes a regañar a tu hijo por su *inacción*? ¿Vienes a decirme que estoy dejando pasar el tiempo en vano, que mi ira se va templando, que he perdido la ocasión de ejecutar tu terrible mandato? ¡Háblame!

GERTRUDIS.– (*que lo observa asustada*) ¡Dios mío! Ha perdido la razón.

VOZ (*en off*).– ¡Hamlet...! Recuerda... Recuerda... Recuerda...

GERTRUDIS.– (*acercándose a HAMLET que está como en un trance mirando al vacío*) ¡Hamlet! ¿Qué haces, mirando al vacío y conversando con el aire? El alma te sale por los ojos y tienes los pelos de punta, como soldados que oyen de repente la alarma. Cálmate hijo mío y apaga el fuego de tu arrebató con el agua de la templanza. ¿Qué ves?

HAMLET.– (*Apuntando al vacío*) ¡A él! ¡A él! Mira su pálida faz y dime si el flujo que emana de su figura no es suficiente para que lo vean hasta las piedras del camino. (*al espectro, que se supone mira a la madre todavía con ojos amorosos*) ¡Y no la mires con esos ojos compasivos, no sea que me entenezca, e incapaz de llevar a cabo lo que he hacer, acabe derramando lágrimas en lugar de sangre!

GERTRUDIS.– ¿A quién hablas, Hamlet?

HAMLET.– Pero ¿no ves a nadie allí?

GERTRUDIS.– No, a nadie. Y, sin embargo, veo perfectamente todo lo que hay allí.

HAMLET.– ¿Y no oíste nada?

GERTRUDIS.– Nada, excepto lo que ambos hablamos.

HAMLET.– Pero ¡*mira*, mira cómo se marcha ahora paso a paso! Es mi padre, con la vestimenta que solía ponerse cuando vivía. *Mira*, mira cómo desaparece por la puerta.

GERTRUDIS.– Hamlet, esto es algo creado por tu mente. Una alucinación generada por la excitación nerviosa.

HAMLET.– Mi pulso late tan acompasado como el tuyo. Lo que he dicho no es locura. Madre, por el amor de Dios, no trates de sosegar el alma pensando que mi sufrimiento lo causa mi locura en lugar de tu culpa. Eso sólo cubriría con costra la úlcera que tienes en el alma. Pero la fétida corrupción seguiría royendo allá dentro y la infección propagándose sin ser vista. ¡Confiésate al cielo! Arrepíentete de lo pasado y evita lo que está por venir. Y perdóname esta exhortación a la virtud...

GERTRUDIS.– ¡Oh Hamlet! Me has partido el corazón por la mitad.

HAMLET.– ¡Pues arroja la parte infecta y guarda dentro de ti la mitad pura! Adiós, madre. Y no acudas esta noche a la cama de mi tío. Finge virtud, si no puedes ser virtuosa; pues cuando el fingimiento se convierte en costumbre, la costumbre se hace virtud. Buenas noches, madre. Y cuando seas virtuosa y estés bendita de Dios, pediré tu bendición. Siento gran pesar de haber matado a este pobre hombre (*por* POLONIO); pero el cielo ha querido castigarme encomendándome este asesinato y castigarlo a él también haciéndome su verdugo. Sacaré su cadáver de aquí y lo llevaré a otro sitio. Yo respondo de su muerte. Quien bien te quiere, madre, te hará llorar. Esto es sólo el comienzo; lo peor está por venir.

GERTRUDIS.– ¡Hamlet! ¿Qué debo hacer?

HAMLET.– Ante todo, no permitir que ese fatuo rey te persuada a acostarte con él, o que te acaricie, o te manosee, o te toque; o que con un par de besos consiga que le descubras la verdad; es decir, que mi locura es simulada, que finjo estar loco por una razón.

GERTRUDIS.– Juro que jamás revelaré al rey lo que me has dicho.

HAMLET.—Ya sabes que he de partir a Inglaterra...

GERTRUDIS.—¡Ah, lo había olvidado! ¿Está, pues, decidido?

HAMLET.—Tengo que llevar unas cartas. Viajaré con dos antiguos compañeros de colegio, de los que me fío tanto como de dos serpientes venenosas. Sé que obedecen órdenes del rey y que me traicionarán a las primeras de cambio. Pero que lo intenten. Les va a salir el tiro por la culata. (*agarra del brazo a POLONIO y se lo lleva arrastrando*). Me llevo a esta piltrafa humana a otro lugar. Verdaderamente este hombre, que en vida era de una palabrería insufrible, es ahora el perfecto consejero: callado, serio y capaz de guardar un secreto. ¡Vamos, señor ministro, acabemos con vos! Buenas noches, madre.

ESCENA XI

Salen CLAUDIO y GERTRUDIS.

GERTRUDIS.– ¡Claudio! ¡No te puedes imaginar lo que he visto y oído esta noche!

CLAUDIO.– ¿Qué ha sucedido, Gertrudis? ¿Cómo está Hamlet?

GERTRUDIS.– Tan furioso como una tormenta en el mar, cuando el aire batalla con el océano para comprobar cuál de los dos es el más fuerte. En su desenfreno, oyó ruido detrás de la cortina y sacando la espada gritó: «¡una rata, una rata!» y sin pensarlo dos veces acullichó al bueno de Polonio, que estaba escondido allí.

CLAUDIO.– ¡Y me hubiera matado a mí, de haber sido yo! No podemos dejarlo en libertad. Se ha convertido en una amenaza para ti, para mí y para todos. ¿Qué haremos ante este nuevo ultraje? Porque me echarán la culpa a mí, diciendo que debería haberlo metido en cintura, controlarlo, tenerlo encerrado bajo llave. Pero le amaba tanto, Gertrudis, que no supe hacer lo que era conveniente y necesario. ¿Dónde está ahora?

GERTRUDIS.–Ocultando el cadáver en algún lugar, arrepentido de lo que ha hecho.

CLAUDIO.– Gertrudis, ven conmigo. Antes de que el sol asome por la cima de esa montaña, irá embarcado rumbo a Inglaterra. Y yo usaré de mis privilegios reales para que no me echen la culpa por este crimen.

Sale HAMLET.

GERTRUDIS.– ¡Hamlet!

HAMLET.–¿En qué puedo servirte, madre?

CLAUDIO.–¿Dónde está Polonio?

HAMLET.– Cenando.

CLAUDIO.– Cenando ¿dónde?

HAMLET.– No donde suele comer, sino donde se lo están comiendo los gusanos. El gusano es el único emperador que existe en lo atañiente a la comida. Con los animales que cebamos nos cebamos a nosotros mismos pero todo lo que

conseguimos al final es cebar a los gusanos. El rey gordo y el mendigo flaco son solamente platos diferentes en el gran menú de los gusanos.

GERTRUDIS.– ¡Ah, Hamlet, Hamlet!

HAMLET.– Un pescador puede usar como anzuelo un gusano ahíto de la carne de un rey y luego comerse el pescado que se comió ese gusano.

CLAUDIO.– ¿Qué quieres decir con eso?

HAMLET.– Nada, excepto mostrar cómo un rey puede acabar siendo parte de la mierda de un mendigo.

CLAUDIO.– Hamlet, ¿dónde está Polonio?

HAMLET.– En el cielo. Envía a alguien que lo busque allí. Si tu mensajero no puede encontrarlo, búscalo tú mismo en el otro lugar. Pero si no logras localizarlo en un mes, no te preocupes: tu nariz lo descubrirá en lo alto de las escaleras del portal.

CLAUDIO.– (A GERTRUDIS) Manda a alguien a ver si es verdad.

Vase GERTRUDIS.

HAMLET.– Allí aguardará hasta que vayan por él.

CLAUDIO.–Hamlet, a causa de este luctuoso lance, y por tu propia seguridad personal, tienes que salir del país. Prepárate para el viaje. El bajel está listo, los vientos propicios, la escolta te espera y todo dispuesto para tu viaje a Inglaterra.

HAMLET.– ¿A Inglaterra?

CLAUDIO.– Sí, Hamlet.

HAMLET.–Bueno.

CLAUDIO.–Sí, muy bueno en verdad, cuando sepas la razón del viaje.

HAMLET.–Bien. Pues a Inglaterra nos vamos, adiós... querida madre.

CLAUDIO.– Querrás decir «querido padre», Hamlet.

HAMLET.– No, no; querida madre. El padre y la madre son marido y mujer y marido y mujer son uno los dos. Así pues, adiós, querida madre. A Inglaterra nos vamos.

Se va HAMLET.

ESCENA XII

Sale HAMLET solo. Se oye ruido de mar en la distancia, como si estuviera en un barco. Se supone que observa el ejército de Fortinbrás.

HAMLET.—¡Todo conspira contra mí para hacerme desistir de la venganza! ¿Para qué sirve un hombre si lo que hace durante la vida es comer y dormir como un animal? Dios *no* nos dio este gran poder de raciocinio, que nos permite predecir lo por venir y recordar lo pasado, esta capacidad mental que nos asemeja a los dioses, para que se pudra dentro de nosotros por falta de uso. Y, sin embargo, ya sea por desidia, ya sea por algún escrúpulo cobarde que me acomete al pensar demasiado explícitamente en la posibilidad de la muerte, sigo sin llevar a cabo mi venganza. Motivos me sobran, y también deseos, fuerzas y ocasiones de hacerlo. Modelos tengo que me animan a actuar, como el del joven príncipe Fortinbrás, que a la cabeza de su gran y poderoso ejército podría ser herido mortalmente en cualquier momento. Pero su espíritu, animado por divinas ambiciones, se *burla* de una muerte que no puede concebir. Realmente, algunos hombres alcanzan la grandeza sin causas poderosas, sólo por un punto de honra. Entonces, ¿cómo yo, que tengo un padre asesinado y una madre prostituida, con las perturbaciones y fuertes emociones que asedian mi mente, sigo sin *actuar*? Especialmente cuando, para vergüenza mía, veo a tantos hombres que, motivados por sueños de alcanzar fama, se atreven a mirar a la muerte cara a cara por conquistar un trozo de terreno que no será suficiente para enterrar a sus camaradas. La hora de la sangre ha de llegar, o yo no valgo nada.

ESCENA XIII

Salen GERTRUDIS y HORACIO.

HORACIO.– Vuestra majestad debería hablar con ella. Su comportamiento es acicate para los que gustan de meterse en vidas ajenas.

GERTRUDIS.– Que entre.

Sale OFELIA.

OFELIA.– ¿Dónde está la bella majestad de Dinamarca?

GERTRUDIS.– ¿Qué quieres decir, Ofelia?

OFELIA.– (*canta*)

¿Cómo conoceré a mi vero amor?

Por su gorra y zapatos de color.

GERTRUDIS.– Dulce Ofelia, ¿qué significa esa canción?

OFELIA.– ¿Dijisteis algo? No, por favor, prestad atención. (*canta*)

Está muerto, mi señora, está muerto.

Le cubre la hierba de un breve huerto.

OFELIA salta y baila.

GERTRUDIS.– ¡No, Ofelia, no!.

OFELIA.– ¡Por favor, prestad atención! (*mientras canta entra CLAUDIO*)

Su mortaja es, como la nieve, blanca;

festoneada toda de muchas flores

que diseminan sus varios olores

por el campo feraz y la barranca.

GERTRUDIS.– ¡Ah, Claudio! Mira en qué estado se halla.

CLAUDIO.– ¿Cómo estás, Ofelia?

OFELIA.–Muy bien, gracias a Dios. Dicen que la lechuza era hija del panadero. ¡Dios mío! Sabemos lo que somos, pero no lo que podemos ser. Que Dios os bendiga.

CLAUDIO.– ¿Alude a su padre?

OFELIA.– ¡Por favor! No se hable más de ello. Pero cuando os pregunten qué significa, responded (*canta*):

*San Valentín es mañana,
brillará el sol en el cielo;
yo asomada a mi ventana
te esperaré con anhelo.
Se levantó él de la cama,
se subió al caballuelo,
y dijo adiós a la dama
cuyo honor yacía en el suelo.*

CLAUDIO.– ¡Dulce Ofelia!

OFELIA.– Sí, pues sin juramentos pondré fin a mi canción (*canta*):

*Por Jesús y Barnabás,
avergüénzate de ti:
muchos problemas habrás
si se lo ofreces así.
Dijo ella: «boda tendrás,
¡ay!, me prometiste a mí».
Dijo él: «tú no la verás,
si te me ofreces así».*

CLAUDIO.– (*a HORACIO*) ¿Lleva mucho tiempo diciendo locuras?

OFELIA.– Tiempo al tiempo. Hemos de ser pacientes. Pero no puedo evitar que se me salten las lágrimas al pensar que lo enterraron en la fría tierra. He de contárselo a mi hermano. Muchas gracias por vuestro consejo. Voy a ver si me ponen el coche a la puerta. Buenas noches, buenas noches a todos.

Se va OFELIA.

CLAUDIO.– Horacio, te ruego que la sigas y cuida de que no le pase nada.

HORACIO.– Así lo haré, señor.

Se va HORACIO.

CLAUDIO.– ¡Oh, este es el veneno que genera un profundo dolor! Todo proviene de la muerte de su padre. ¡Ah, Gertrudis, las desgracias nunca vienen solas, sino todas juntas y en batallones! Primero, su padre muere asesinado, luego tu hijo huye, y el pueblo difunde confusos y peligrosos rumores sobre la muerte de Polonio, a quien tuvimos que dar sepultura rápidamente y en secreto. Y ahora la pobre Ofelia... fuera de quicio. Y su hermano, que ha regresado de Francia, se ha enterado de todos estos extraños acontecimientos y se ha encerrado no sabemos dónde. Pero incluso allí no faltarán chismosos que acudan a vertirle veneno en el oído con cuentos maliciosos sobre la muerte de su padre. Y lo que temo es que estos correveidiles, que no saben de la misa la mitad, acaben echándome la culpa a mí. ¡Ah, querida Gertrudis, todo esto, cual enorme arcabuz, me hiere con sus balas en muchas partes y me mata una y otra vez!

Se oye ruido fuera.

CLAUDIO.– ¡Al arma, guardas del palacio! ¡Que guarden mis puertas! ¿Qué sucede?

Sale HORACIO.

HORACIO.– ¡Señor! Es Laertes. El océano, desbordando sus límites, no inunda la tierra tan rápidamente como Laertes arrasa a vuestros soldados a la cabeza de una multitud. El vulgo lo llama señor, y olvidando las tradiciones e ignorando las costumbres civilizadas, todos gritan a la vez: «¡A los gobernantes los elige el pueblo! ¡Laertes será rey!». Y tirando sus gorros al aire, aplauden y gritan a las nubes: «¡Laertes será rey! ¡Laertes será rey!».

GERTRUDIS.– Me temo que a estos perros daneses les ha fallado el olfato y están siguiendo un rastro falso.

CLAUDIO.– ¡Han roto las puertas!

Sale LAERTES.

LAERTES.–¡Quedaos ahí fuera! (*se oyen voces fuera*) ¿Dónde está el rey? (CLAUDIO *puede estar escondido detrás de GERTRUDIS*).

VOCES (*fuera*).–¡No, no! Queremos entrar.

LAERTES.– Permitidme hablar con él primero. Guardad la puerta. (*a CLAUDIO*) ¡Y vos, entregadme a mi padre!

GERTRUDIS.– Cálmate, mi buen Laertes.

LAERTES.–¡La última gota de sangre que está en calma dentro de mí se pone de pie y me insulta y me llama bastardo y tilda de cornudo a mi padre y pone la marca de puta en la impoluta frente de mi madre!

CLAUDIO.– Laertes, ¿por qué razón hay tan gran revuelto? Suéltalo, Gertrudis; no temas por mi seguridad personal. Los reyes estamos rodeados de tal halo de divinidad que la traición sólo se atreve a dar los primeros inciertos pasos y nunca cumple su objetivo. Dime, Laertes, ¿a qué viene tanta fiereza? Suéltalo, por favor, Gertrudis. ¡Habla ya, hombre!

LAERTES.–¿Dónde está mi padre?

CLAUDIO.– Muerto.

GERTRUDIS.–¡Pero no por culpa suya!

CLAUDIO.– Deja que pregunte lo que quiera, Gertrudis.

LAERTES.– ¿Cómo murió? ¡Y quiero saber la verdad, que conmigo no se juega! ¡Al infierno con mi lealtad! ¡Antes firmaré un pacto con el más negro de los demonios y arrojaré mi conciencia y mi salvación al abismo más profundo! ¡No me importa lo que pase ni en este mundo ni en el otro! ¡Quiero venganza por la muerte de mi padre!

CLAUDIO.–¿Quién te lo puede impedir?

LAERTES.– Mi libre albedrío... ¡y nadie más en este mundo!

CLAUDIO.– Pero, Laertes, el deseo de saber la verdad sobre la muerte de tu amado padre no justifica el que, como un huracán, te lleves por delante a todos, amigos y enemigos.

LAERTES.– Solamente a sus enemigos.

CLAUDIO.– Entonces, reconocerás a sus amigos.

LAERTES.– A sus amigos les daré los brazos, y como hace el pelícano, me abriré el pecho para alimentarlos con mi propia sangre.

CLAUDIO.– Ahora has hablado como un buen hijo y un auténtico caballero. Quiero decirte con tanta claridad como la del día que no soy culpable de la muerte de tu padre y que lo lloro sin sosiego.

Se oye ruido fuera y sale OFELIA, entra con el pelo enmarañado, medio desnuda, alucinando.

LAERTES.– ¿Qué ruido es este? ¡Ofelia, hermana! ¡Oh, fuego elemental, sécame el cerebro! ¡Lágrimas mil veces amargas, quemadme los ojos! ¡Ofelia, juro por todos los cielos que pagarán con creces lo que te han hecho! ¡Ah, rosa que brotó el Mayo, querida hermana, dulce Ofelia! ¡Cielos! ¿Es posible que la cordura de una doncella esté tan sujeta a la común mortalidad como la vida de un viejo? Naturaleza se esmera sutil en el amor. Una mente delicada fácilmente se quiebra al perder a la persona amada.

OFELIA.– (*canta*)

*Con la cara descubierta,
en el ataúd lo llevaron;
y sobre su tumba abierta,
muchas lágrimas lloraron.*

LAERTES.– Más me mueve a vengarme, querida hermana, tu enajenación que todas las razones que pudieras alegar.

OFELIA.– Esto es romero y sirve para recordar: ¡ay, amor, no me olvides! Estos son pensamientos y sirven para pensar (*se ríe*). Y para ti, estos hinojos (*se los da a*

LAERTES) que sirven para rezar (*se ríe de su propia gracia*). Quisiera haberte dado violetas, pero se marchitaron cuando mi padre murió. Me dicen que tuvo una buena muerte. (*canta*)

Dulce y bello petirrojo,

dime: ¿volverá mi amor?

¡No! ¡Muerto está! ¡Ay, qué dolor!

Muerto bajo los abrojos.

Que Dios tenga misericordia de su alma y de todas las almas cristianas. Adiós, adiós a todos.

Se va OFELIA.

LAERTES.– ¿Cómo has permitido esto, Dios mío?

CLAUDIO.– Laertes, déjame compartir tu dolor. No me niegues ese derecho. Y ahora escoge entre tus amigos a los más letrados. Ellos oirán mi causa y la enjuiciarán. Y si encuentran que, de manera directa o indirecta, he sido responsable de la muerte de tu padre, en ese momento renunciaré mi derecho al trono, a la corona, a mi vida, y a todo lo que poseo. Pero si me hallan inocente, permíteme ayudarte en la satisfacción de tu justa venganza.

LAERTES.–Que así se haga. Necesito indagar a fondo y descubrir la verdad. La manera de su muerte, el funeral secreto, sin los honores y ceremonias que se le deben, sin escudo de armas sobre su cadáver, todo clama a los airados cielos.

CLAUDIO.–Yo te satisfaré. Y que el hacha de la justicia caiga sobre la cabeza del culpable.

ESCENA XIV

Sale HORACIO leyendo una carta.

HORACIO.– *(lee)* «Apenas llevábamos dos días en el mar cuando un buque corsario, muy bien aparejado, trató de darnos caza. Nuestras velas no podían competir con las suyas y pronto nos alcanzaron. Luchamos. Salté a bordo del navío pirata, pero en ese momento los dos barcos se separaron y me hicieron su prisionero. Me trataron bien porque pronto se dieron cuenta de que, siendo una persona de alto rango, podrían obtener un alto rescate. Entrega al rey las cartas que te envió con ésta y luego sigue las direcciones que te indico más abajo y ven a mi encuentro con tanta celeridad como huirías de la muerte. Tengo cosas que decirte que te dejarán sin habla. Adiós, Hamlet».

Horacio saca las cartas que ha de entregar al rey, se guarda la suya en el pecho y se va.

ESCENA XV

Salen CLAUDIO y LAERTES.

CLAUDIO.—Ahora que sabes que el asesino de tu padre intentaba matarme a mí, hemos de ser amigos y aliados.

LAERTES.— Estoy de acuerdo. Pero, decidme, ¿por qué no castigáis crímenes que son de lesa majestad por la vía legal? Así deberíais haber procedido, no sólo por prudencia, sino por vuestra seguridad personal y vuestra posición.

CLAUDIO.— No lo he hecho por dos razones, que quizás te parezcan de poca sustancia, pero que son muy importantes para mí. La primera es que la reina, su madre, lo ama con pasión. Y, por fortuna o por desgracia, me siento tan unido a ella en vida y en alma que, de la misma manera que un planeta está sujeto a su esfera, yo estoy sujeto a ella. La segunda razón es el afecto que le tiene el pueblo, el cual les hace olvidar sus muchos defectos y considerar virtudes sus vicios. Así pues, mis saetas acusadoras, incapaces de penetrar la armadura de tal lealtad, rebotarían en su pecho y se volverían contra mí.

LAERTES.—Mientras tanto, yo he perdido a mi noble padre y tengo una hermana loca por el dolor. Una hermana que hubiera podido competir con la más bella estatua, que debería haber sido venerada en un pedestal por su mucha perfección. Pero ya llegará la hora de mi venganza.

CLAUDIO.—No pierdas sueño por ello. No soy yo de materia tan frágil que me eche a temblar si me tiran de las barbas. Yo estimaba mucho a tu padre y me estimo a mí mismo. Y con eso he dicho todo.

Entra un MENSAJERO con cartas.

MENSAJERO.— Majestad, esta carta es para su alteza y esta para su majestad la reina.

CLAUDIO.— ¿Del príncipe Hamlet? ¿Quién las trajo?

MENSAJERO.— Me dijeron que unos marineros, señor, pero yo no los vi. A mí me dio las cartas Bernardo, que las recibió de la persona que las trajo.

CLAUDIO.–Laertes, te leeré el contenido de estas cartas. Mensajero, déjanos.

Se va el MENSAJERO.

CLAUDIO.– (*lee*) «Tío y señor mío, Debes saber que me encuentro, despojado, en tu reino. Mañana te pediré licencia para verte. En ese momento, después de pedirte perdón, te explicaré la razón de mi repentino y extraño regreso». ¿Qué querrá decir? ¿Han regresado los otros también o es este algún engaño e invención?

LAERTES.– ¿Reconocéis la letra?

CLAUDIO.– Es la de Hamlet. ¿Despojado? ¿Puedes explicarme lo que quiere decir?

LAERTES.– No tengo idea, señor. Pero dejadle que venga. Mi acongojado corazón se alegra al pensar que podré decirle cara a cara: «¡Esto es lo que hiciste, villano!» (*hace gestos de acuchillar a alguien*)

CLAUDIO.– Si todo esto es lo que parece –¿y cómo podría ser de otra manera?–, ¿te dejarás llevar por mí?

LAERTES.– Sí, alteza. Pero a condición de que no me llevéis hacia la paz.

CLAUDIO.– Te llevaré hacia tu propia paz, Laertes, si es que Hamlet ha regresado. Como soberano suyo, le ordené que fuera a Inglaterra, mandato real que no cumplió. Aprovechándome de esta coyuntura y de acuerdo con un plan que ya he madurado, lo voy a manipular de tal manera que él mismo procure su perdición. Ningún murmurador podrá entonces echarme la culpa por su muerte, ni su madre acusarme de nada, pues creará que fue un accidente.

LAERTES.–Alteza, obedeceré vuestras órdenes; pero preferiría, si es posible, ser yo el instrumento de su muerte.

CLAUDIO.– Es precisamente parte de mi plan. Durante tu ausencia se ha hablado mucho en palacio, estando Hamlet presente, de una habilidad tuya en la que, se dice, excedes a todos.

LAERTES.– ¿A qué habilidad os referís, señor?

CLAUDIO.–Hace dos meses vino a visitarnos un caballero normando, diestro sin par en el arte de la equitación.

LAERTES.– ¿Normando decís que era?

CLAUDIO.– Sí, un normando.

LAERTES.–Tiene que ser Lamord.

CLAUDIO.– El mismo.

LAERTES.– Lo conozco bien. Es el parangón de los caballeros franceses.

CLAUDIO.–Pues bien, Lamord habló de tu destreza en la esgrima, y especialmente en el manejo del estoque, añadiendo que no creía que tuvieses rival en el mundo. Al oír esto, Hamlet, envenenado por la envidia, decía y repetía que deseaba tu regreso inmediato para poder practicar contigo. Todo esto nos viene de perilla porque...

LAERTES.–¿Por qué, señor?

CLAUDIO.–Laertes, ¿querías a tu padre? ¿O eres, como pintura de la imagen del dolor, un rostro sin alma?

LAERTES.– ¿Por qué lo preguntáis?

CLAUDIO.–No es que dude de que amaras a tu padre. Pero sé que el tiempo se encarga de amortiguar poco a poco la chispa y el fuego del amor y nada se mantiene jamás en el mismo grado de intensidad. Debemos satisfacer nuestros deseos cuando los deseamos. Porque si los retrasamos, o cambian, o bien, encuentran tantos obstáculos como gente hay que nos aconseja lo contrario, o manos se extienden para detenernos, o accidentes ocurren para dilatarlos. Y entonces nuestros deseos se convierten en suspiros por la ocasión perdida. Lo que quiero preguntarte, Laertes, es lo siguiente: ahora que Hamlet ha regresado a Dinamarca, ¿qué acción estarías dispuesto a llevar a cabo para demostrar que el amor a tu padre es algo más que vanas palabras?

LAERTES.–Lo degollaría en la misma iglesia.

CLAUDIO.– Efectivamente: ningún lugar debe servir de sagrado a un asesino. La venganza no reconoce límites. Pero Laertes, ¿harás lo que te diga? (*LAERTES asiente con la cabeza*). Entonces, no salgas de tu casa. Le haremos saber a Hamlet que has regresado. En su presencia, alguien ensalzará tu habilidad con el estoque, añadiendo un segundo barniz a las alabanzas del francés. Apostaremos sobre cuál de los dos es más diestro en el arte de la esgrima y propondremos un encuentro. Como Hamlet es impulsivo, generoso e ingenuo, no examinará con atención los estoques y, por tanto, no se dará cuenta de que el tuyo lo hemos despuntado.

Durante el encuentro lo podrás traspasar de costado acostado... accidentalmente... en venganza por la muerte de tu padre.

LAERTES.—¡Así lo haré! Y para asegurarme de que no sobrevivirá el encuentro, inficionaré con veneno la punta de mi arma. Compré a un mercachifle un unguento tan mortal que basta con mojar en él la punta de la espada para matar a un hombre de un arañazo. Y ni la triaca más potente, confeccionada con plantas medicinales recogidas a la mágica luz de la luna, podría salvarlo.

CLAUDIO.—¿Y si este plan se malograra? Todos nuestros designios quedarían entonces al descubierto. Creo que es aconsejable tener un segundo plan, que implementaríamos si fallara el primero. Veamos... Yo podría apostar por tu destreza con el estoque... ¡No! Ya sé lo que haremos. Cuando ambos estéis sudados por el ejercicio (y debes asegurarte de que así sea haciendo muchas fintas vigorosas), querréis beber. Yo tendré reservada para él una copa de vino en que habré antes vertido veneno. Si por casualidad escapara de la ponzoña de tu espada, se encontrará con la ponzoña de mi bebida. (*oyendo un ruido, se levanta de repente, alarmado*) ¿Quién está ahí?

Sale GERTRUDIS, llorosa.

GERTRUDIS.—Soy yo. ¡Ah, bien vengas mal, si vienes solo! Mas suelen las desgracias llegar encadenadas, una detrás de la otra. Laertes, tu hermana se ha ahogado.

LAERTES.— ¡Ahogado! ¿Dónde?

GERTRUDIS.—Hay un sauce que, inclinándose a su peso, mira el albo verdor de sus hojas en la cristalina corriente de un arroyo. Con sus ramas elaboró Ofelia intrincadas guirnaldas de flores, juncos, margaritas y esas orquídeas color purpúreo que el vulgo llama «dedos de muerto». Quiso colgarlas del árbol, se quebró la rama en que se apoyaba, y cayeron ella y sus guirnaldas en el lloroso arroyo. Sus ropas se esparcieron manteniéndola a flote durante un tiempo. Se puso entonces a cantar trozos de viejas alboradas, como si no supiera el peligro en que se encontraba, o como si fuese una náyade nacida y criada en las aguas. Pero no tardaron mucho sus

prendas en empaparse arrastrando a la pobre doncella y su canción a morir en las cenagosas profundidades.

LAERTES.— Así pues, murió ahogada.

GERTRUDIS.— Ahogada, ahogada....

LAERTES.— Ya has bebido bastante agua, pobre Ofelia; no quiero añadir yo mis lágrimas.

Aunque se engañan los hombres creyendo que no pueden llorar. (*Llora*). La naturaleza impone sus leyes. Y no me importa que digan que es vergonzoso.

Cuando se sequen mis ojos, dejaré de comportarme como una mujer. Adiós, señor.

Hubiese deseado despedirme con una arenga, pero esta flaqueza mía la ha... ahogado.

Se va LAERTES.

CLAUDIO.— Sigámoslo, Gertrudis. He tratado con todas mis fuerzas de aplacar su ira.

Pero me temo que surgirá otra vez. Sigámoslo.

ESCENA XVI

Sale un SEPULTURERO, cavando una tumba en el escenario.

SEPULTURERO.– (*canta*)

*Siendo joven me tumbaba
y juzgaba superior
escuchar cómo cantaba
todo el día el ruiseñor.*

Salen HAMLET y HORACIO.

HAMLET.–Este sepulturero no parece tener sentimientos. Canta mientras cava una fosa.

HORACIO.–Está tan acostumbrado que ya no le hace mella.

HAMLET.– Eso debe de ser. O quizás el trabajo embrutece.

SEPULTURERO.–(*canta*)

*Pero la vejez llegó,
la muerte llamó a la puerta
y mi hija me tumbó
en una fosa desierta.*

El SEPULTURERO saca una calavera de la fosa y la hacer rodar por el tablado.

HAMLET.– Esa calavera tuvo en su día una lengua y podía cantar. Mira cómo la arroja el villano, como si fuera la quijada de Caín, que fue el primer asesino. Quizá sea la cabeza de un hidalgo que ahora es de rango inferior a este burro.

HORACIO.– Es posible.

HAMLET.– O la cabeza de un cortesano que solícito solía decir: «¡Buenos días, señor! ¿Cómo os encontráis hoy?». O podría ser la cabeza de don Fulano de Tal que en cierta ocasión alabó el caballo de don Mengano de Tal porque quería que se lo prestara, ¿no es verdad?

HORACIO.– Sí, señor.

HAMLET.– Y ahora yace con doña Gusana, le falta la mandíbula y un enterrador acaba de golpearle la cabeza con una pala. ¿Fueron estos huesos creados para acabar así? Me duelen los míos nada más que de pensar en ello.

SEPULTURERO.– (*canta*)

*Con un pico y una pala
una fosa me cavó
y liado en una mortaja
eterno huésped soy yo.*

El SEPULTURERO arroja otra calavera.

HAMLET.– ¡Ahí va otra! Esa podría ser la calavera de un abogado. ¿Qué se han hecho de sus pleitos, cláusulas, estipulaciones, ardides y marrullerías? ¿Cómo puede tolerar que este ganapán le golpee la cabeza con una pala sucia? ¿Por qué no manda que lo arresten por asalto grave? Quizás en vida se especializara en derecho agrario con sus contratos, fianzas, préstamos, hipotecas dobles y litigios. Ahora sólo tierra barro en la cabeza y todos los papeles que firmó no cabrían en su fosa. Esta es toda la tierra que ha heredado.

HORACIO.– Ni un terrón más.

HAMLET.– ¿No se hacen los pergaminos con piel de borrego?

HORACIO.– Y también de ternero.

HAMLET.– Pues borregos y carneros son todos los que creen que la tierra es lo único que perdura. Voy a conversar con él. (*se acerca al sepulturero*). Hola, buen hombre. ¿A quién pertenece esta fosa?

SEPULTURERO.– Es mía, señor.

HAMLET.– No debe de ser tuya, pues hablas dentro de ella.

SEPULTURERO.– Y tampoco de vuesa merced, pues habla fuera de ella. Pero aunque hable dentro de ella, es mía, señor.

HORACIO.– Imposible. Las fosas son para los muertos, que no pueden hablar.

SEPULTURERO.– Muertos conozco yo, señor, que hablan más que los vivos.

HAMLET.–¿Para qué hombre la cavas?

SEPULTURERO.– Para ninguno, señor.

HAMLET.–¿Para qué mujer, pues?

SEPULTURERO.–Para ninguna.

HAMLET.–¿A quién vas a enterrar?

SEPULTURERO.–A una que fue mujer, señor, pero que ahora está muerta. Descanse su alma en paz.

HAMLET.– (A HORACIO) Este villano es tan preciso que tendré que hablarle con el diccionario en la mano. (Al SEPULTURERO) ¿Cuánto tiempo hace que ejerces el oficio de sepulturero?

SEPULTURERO.–De todos los días del año, el día en que empecé a trabajar fue el mismo en el que nuestro difunto rey Hamlet venció al padre del rey Fortinbrás.

HAMLET.–¿Cuánto tiempo hace de eso?

SEPULTURERO.– ¿Vuesamerced lo ignora? Pues cualquier tonto lo sabe. Fue el mismo día en que nació el príncipe Hamlet... Ya sabéis, el que se volvió loco y mandaron a Inglaterra.

HAMLET.–¡Pobrecillo! ¿Y por qué lo mandaron a Inglaterra?

SEPULTURERO.– ¿Por qué? Pues porque estaba loco. Allí recobrará el seso. Y, si no lo recobra, da igual.

HAMLET.– ¿Por qué da igual?

SEPULTURERO.– Porque como allí están todos locos de remate, nadie lo notará.

HAMLET.– ¿Y cómo se volvió loco?

SEPULTURERO.– De manera muy extraña, según dicen.

HAMLET.–A ver, explícamelo.

SEPULTURERO.– ¡Por Dios! Pues perdiendo el juicio.

HAMLET.– ¿Cuánto tiempo tardará un hombre en pudrirse bajo tierra?

SEPULTURERO.– Si no está ya medio podrido antes de morir –y a veces nos llegan cadáveres impresentables–, puede durar ocho o nueve años. Un curtidor, más todavía.

HAMLET.–¿Por qué se conserva más tiempo el cadáver de un curtidor?

SEPULTURERO.–Pues porque su piel estará tan curtida por su oficio que no dejará entrar el agua y el agua es lo que estropea a todo hideputa. (*saca otra calavera*) Esta calavera, por ejemplo, lleva enterrada unos veintres años.

HAMLET.– ¿De quién era?

SEPULTURERO.–De un hideputa loco. ¿De quién cree vuesa merced que era?

HAMLET.– No lo sé.

SEPULTURERO.– ¡Menudo bribón! Una vez me derramó una jarra de vino tinto en la cabeza. Esta calavera, señor, es la calavera de Yorick, el bufón del rey.

HAMLET.– (*con emoción*) ¿Esta...?

SEPULTURERO.–Lo juro por todos mis muertos.

HAMLET.–¡Ay, pobre Yorick! Lo conocí, Horacio. Su humor no tenía límites y su ingenio era infinito. Mil veces me llevó a cuestras y ahora... su vista me da escalofríos y siento nauseas. De aquí colgaban esos labios que yo solía besar. ¿Dónde están tus bromas, tus cabriolas, tus canciones, los chistes que provocaban las carcajadas de todos los comensales? Nadie se ríe ahora de tu ridícula mueca (*se refiere a la mueca de la calavera*). Vete al aposento de tu señora y dile que, aunque se ponga un dedo de maquillaje, en cien años, calva, como todos. Horacio, contéstame una pregunta.

HORACIO.–Decidme, señor.

HAMLET.– ¿Tú crees que Alejandro el Magno habría terminado así? (*señalando a la calavera*).

HORACIO.– Igual.

HAMLET.–¿Y apestaría también así?

HORACIO.– También.

HAMLET.–¿A qué indignidades seremos sometidos después de muertos, Horacio? Con un poco de imaginación podríamos concluir que los restos mortales de Alejandro el Magno están ahora mismo taponando un barril de cerveza.

HORACIO.– Sería una imaginación harto rebuscada, señor.

HAMLET.– No, nada de eso. Sería cuestión de seguirles la pista con paciencia y lógica. Alejandro murió, Alejandro fue enterrado, Alejandro se convirtió en polvo, el polvo

es tierra, con la tierra hacemos barro, y con el barro taponamos los barriles de cerveza. Pero, ¡mira quien viene por allí!

HORACIO.– Son el rey, la reina, pero ¿qué es eso detrás de ellos?

HAMLET.–Un ataúd, Horacio. Pero el acompañamiento parece demasiado simple.

HORACIO.–Eso indica que es el cadáver de un suicida. Alguien de rango superior.

HAMLET.– Ven, los observaremos desde aquí.

Se ocultan los dos a un extremo del tablado. El SEPULTURERO toca una campana. Salen CLAUDIO, LAERTES, GERTRUDIS, un PASTOR PROTESTANTE y los que puedan con el cadáver de OFELIA en los hombros. Se detienen ante la fosa abierta.

LAERTES.– (al PASTOR) ¿Es esto todo? ¿No hay más ceremonias?

PASTOR.–He alargado el servicio hasta el límite de lo permitido. Su muerte es sospechosa. De no haber sido por el mandato real, la hubiésemos sepultado en lugar no consagrado hasta el Día del Juicio Final. En vez de guirnalda de doncella y oraciones por el eterno descanso de su alma, habría sido arrojada sin rito alguno a un pudridero de piedras, cascotes y escombros.

LAERTES.–¿Es eso todo lo que vais a hacer por ella?

PASTOR.– Es todo lo que puedo hacer. Cantarle un réquiem o algo similar sería profanar el oficio de difuntos.

LAERTES.– (a los sepultureros) Bien. Dadle sepultura. Y de su cuerpo puro e impoluto, brotarán y florecerán las violetas. Y a ti, ministro miserable de la Iglesia, te digo que mientras mi hermana goza con los ángeles del cielo tú te retorcerás bramando en el infierno.

GERTRUDIS.– Adiós, dulce Ofelia (arroja unas flores a la tumba). Estaba ilusionada con la idea de que fueras la esposa de mi Hamlet. Mi intención era cubrir de flores tu cama matrimonial, no tu tumba.

LAERTES.–¡Maldito sea mil veces el responsable de tu muerte! (a los sepultureros) No la cubráis de tierra todavía, que quiero abrazarla una última vez. (se mete en la

tumba, la abraza) Ahora podéis empezar. Enterradnos juntos a los vivos y a los muertos.

HAMLET.– (*sale de su escondite y se acerca a la tumba apuntando a LAERTES*)

¿Quién eres tú para pretender el derecho *exclusivo* de llorarla? ¡Aquí estoy yo, Hamlet de Dinamarca! (*se mete también en la tumba*).

LAERTES.–(*tratando de estrangularlo*) ¡Los diablos se lleven tu alma!

HAMLET.– (*tratando de desasirse*) Rezas... en vano... ¡Suéltame! (*luchan los dos*).

CLAUDIO.–¡Separadlos!

GERTRUDIS.– (*a HAMLET que lleva las de ganar*)¡Hamlet, Hamlet! ¡No!

TODOS.– ¡Caballeros!

HORACIO.–¡Señor! ¡Déjalo!

HAMLET.–¡Defenderé esta causa hasta la muerte!

GERTRUDIS.– ¡Hijo mío! ¿Qué causa?

HAMLET.–Yo amaba a Ofelia y el amor de diez hermanos juntos no igualarán al mío. (*A LAERTES*) Dime, ¿qué harías tú por ella?

CLAUDIO.– No le hagas caso, Laertes. Dice locuras.

GERTRUDIS.– Por el amor de Dios, ¡tened paciencia con él!

HAMLET.–¡Voto a Dios!¡Dime lo que harías por ella! ¿Llorarías un mar de lágrimas?

¿Lucharías contra mil enemigos? ¿Ayunarías durante un mes? ¿Te arrancarías la piel a tiras? ¡Yo haría todo eso y mucho más! ¿A qué has venido aquí? ¿A llorar por ti o por ella? ¿Crees que puedes competir conmigo tirándote a la fosa, pidiendo que os entierren juntos? ¡Pues yo también quiero que me entierren con ella! ¡Y de veras!

GERTRUDIS.– Esto es un ataque de locura temporal. Durante un rato desbarrará, pero pronto, si tenemos paciencia, veréis que se calmará.

HAMLET.– (*A LAERTES, lloroso*) ¿Por qué me tratas así? Yo siempre te aprecié, pero... ¡no importa! El gato más pequeño da bufidos, pero al final huye del perro.

Se va HAMLET.

CLAUDIO.– Por favor, buen Horacio, síguele.

HORACIO.– Con vuestra venia.

Se va HORACIO *detrás de* HAMLET.

CLAUDIO.– Y tú, Laertes, ten paciencia. (*en voz baja, aparte*) Y recuerda lo que hablamos anoche. Nuestro plan sigue en pie.

ESCENA XVII

Salen HAMLET y HORACIO.

HAMLET.–Como te iba contando, esa noche en el barco no lograba conciliar el sueño. Y de pronto sentí un impulso de levantarme. Horacio, benditos sean nuestros impulsos, pues demuestran que cuando nuestros planes de acción, conscientemente formados, fallan, brota dentro de nosotros una fuerza de origen divino, que guía nuestras vidas y nos indica el camino a seguir.

HORACIO.– Es verdad. Yo he experimentado esa sensación.

HAMLET.–Me levanté, pues, salí de mi camarote y en total oscuridad me introduje en el de mis acompañantes. Allí encontré un legajo de documentos que Claudio enviaba al rey de Inglaterra. Preocupado, sin saber bien por qué, me olvidé de mi urbanidad y buenos modales, y los leí. Y en ellos encontré, Horacio, pruebas de la perfidia de mi tío. Contenían instrucciones precisas, alegando muchas razones atañentes a la seguridad de Dinamarca y también de Inglaterra, de que tan pronto pisara suelo inglés, me arrestaran y no dieran tiempo al verdugo ni a afilar la hoja del hacha antes de que me cortara la cabeza.

HORACIO.– ¿Es posible lo que decís?

HAMLET.– Aquí tienes la carta. Léela cuando tengas tiempo.

HORACIO.– ¿Y qué hiciste a continuación?

HAMLET.– Nada, pues como ya te conté, al día siguiente fui capturado por los corsarios.

HORACIO.– ¡Ah, qué rey gobierna hoy Dinamarca!

HAMLET.– ¿No crees que me incumbe ahora ponerme en acción? Este hombre ha asesinado a mi padre, prostituido a mi madre, usurpado la corona que me pertenece legalmente, y finalmente ha intentado con alevosía criminal quitarme la vida. ¿No puedo yo ahora, sin tener que rendir cuentas ante el tribunal de la conciencia, matarle con este brazo? ¿Y no seré para siempre maldito si permito que ese podrido engendro de la naturaleza humana siga haciendo maldades?

HORACIO.–En mi opinión, no sólo tenéis el derecho sino la obligación de actuar.

HAMLET.– Lo único que siento, Horacio, es haberme olvidado de mí mismo cuando me enfrenté con Laertes. Pude percibir en él la misma motivación a la venganza que siento yo y por las mismas causas. Trataré de hacerme amigo suyo otra vez. La verdad es que la grandilocuencia de su dolor en el funeral me hizo perder los estribos.

HORACIO.– Atención. Alguien viene.

Entra un CORTESANO.

CORTESANO.– Señor, bien venido a Dinamarca.

HAMLET.– Muy agradecido. (*aparte a HORACIO*) ¿Conoces a este individuo?

HORACIO.– No.

HAMLET.– Tu ignorancia es virtud, pues conocerle es, sin duda, un vicio. Es un gran terrateniente. Basta que una bestia sea dueña de muchas bestias para que se siente a la mesa del rey. Es un idiota, pero con mucha hacienda.

CORTESANO.– (*interrumpiendo*) Señor, si no os importa, tengo algo que comunicar a vuestra Alteza.

HAMLET.– Oiré el mensaje, señor cortesano, con mucha atención. Por cierto, deberíais poneros el sombrero.

CORTESANO.– Gracias, señor. Hace mucho calor. (*se pone el sombrero*).

HAMLET.– No, no, creedme. Hace mucho frío. Sopla viento del norte.

CORTESANO.– Tenéis razón, señor; hace bastante fresco.

HAMLET.– Y, sin embargo, siento un calor pegajoso. ¿Será que estoy enfermo?

CORTESANO.– No, no, señor. Hace efectivamente mucho calor... un calor, por así decir, pegajoso. Pero no sé a qué se debe. Señor, Su Majestad me ha pedido que le informe de que va a apostar por vuestra merced. Este es el asunto que...

HAMLET.– ¡Os ruego que no os desviéis de lo que me habéis de decir!

CORTESANO.– (*nervioso*) No, no, señor. No os enojéis conmigo. El asunto es que... acaba de llegar a la corte Laertes. Creedme, es un auténtico caballero, muy distinguido, de alto rango y gran apostura.

HAMLET.– Os creo, tanto que concluyo que el único que se le puede parecer es su propio reflejo y el único que lo puede imitar es su propia sombra. Nadie más.

CORTESANO.– Su Alteza no yerra al describirlo así.

HAMLET.– ¿Y todo esto a cuento de qué viene?

CORTESANO.– ¿Qué?

HORACIO.– ¿Es el inglés una lengua extranjera, que no podéis entender? Escuchad lo que se os dice con atención. Estoy seguro de que acabaréis comprendiéndolo.

HAMLET.– ¿Por qué habéis mencionado su nombre?

CORTESANO.– ¿El de Laertes?

HORACIO.– (A HAMLET) Creo que ya va entendiendo.

HAMLET.– Sí, el de Laertes.

CORTESANO.– Sé que no ignoráis...

HAMLET.– Ya me gustaría que vos lo ignoraréis, pero me temo que vais a acabar diciéndomelo.

CORTESANO.– Sé que no ignoráis las muchas excelencias que muestra Laertes en el uso de su arma.

HAMLET.– ¿Qué arma?

CORTESANO.– Estoque y daga.

HAMLET.– Esas son dos armas, pero no importa.

CORTESANO.– El rey, señor, ha hecho una apuesta con él: seis caballos árabes contra seis estoques franceses con sus dagas y demás accesorios: cinturones, vainas, etcétera. Tres de los arreos son extraordinarios...

HAMLET.– (*interrumpiéndolo*) ¿A qué llamáis arreos?

HORACIO.– (*aparte a HAMLET*) Sospechaba que insistiréis hasta el final en el uso correcto de las palabras.

CORTESANO.– Los arreos, señor, son el cinturón, la vaina...

HAMLET.– La palabra arreos es más apropiada a las bestias que a las personas. Pero, ¿por qué me decís todo esto?

CORTESANO.– Señor, el rey ha apostado que, de los doce asaltos que disputéis, Laertes no os vencerá por una diferencia de más de tres «touchés». Si gustáis, podemos hacer la prueba enseguida.

HAMLET.–¿Y si digo que no?

CORTESANO.– Sólo se hará si estáis de acuerdo.

HAMLET.– Con la venia del rey, me pasearé por esta sala. Es la hora del día en que suelo hacer un poco de ejercicio. Si las espadas están listas, el caballero preparado y el rey dispuesto a jugar, yo trataré de ganar la apuesta. Y si la pierdo, sobrellevaré la vergüenza y los toques que me dé.

CORTESANO.– ¿Debo, pues, informarle de que aceptáis?

HAMLET.–Así es.

CORTESANO.– Con vuestro permiso.

Se va el CORTESANO.

HORACIO.–Vais a perder.

HAMLET.– No creo. Desde que se fue a Francia he estado practicando continuamente. Ganaré con la ventaja que me han dado. Pero... no sé cómo decirte que... siento cierta premonición... aquí en lo más profundo de mi corazón. Pero da igual.

HORACIO.–¿Seguro?

HAMLET.– Es una tontería, una de esas intuiciones que inquietan a las mujeres.

HORACIO.– Creo que debiérais hacer caso a vuestras intuiciones. Si queréis, les diré que no vengan, que os sentís enfermo.

HAMLET.– No, no. Me río de los presentimientos. Hay una providencia que determina incluso la muerte de un gorrión. Dios sabe lo que tiene determinado. Al cabo lo veremos. Lo principal es estar preparado.

Salen CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES y todos los que puedan.

Sale el CORTESANO con estoques, etc.

CLAUDIO toma el brazo de LAERTES y lo extiende hacia HAMLET.

CLAUDIO.– Vamos, Hamlet. Da la mano a Laertes.

HAMLET.– (*dándole la mano*) Te pido perdón, Laertes. Te he agraviado. Perdóname como caballero que eres. Todos saben que he sido castigado con un acceso de

locura. Y aquí declaro que no ha sido Hamlet, sino su locura la que ha atentado contra tu honor. Su locura es, pues, la enemiga de Hamlet. Quiero que sepas que Hamlet nunca quiso voluntariamente hacerte ningún mal. Lo que sucedió fue que disparé mi flecha con demasiada fuerza, sobrevoló la casa y accidentalmente hirió... a mi hermano.

LAERTES.– Acepto tus excusas, Hamlet. Y devuelvo tus ofrecimientos de amistad con mi amistad. ¿Dónde están las espadas?

HAMLET.– Estimado Laertes, tu destreza con el estoque comparada con mi pobre habilidad brillará como una estrella en la noche más oscura.

LAERTES.– ¿Os burláis de mí?

HAMLET.– No, lo juro por mi amistad.

CLAUDIO.– (*al CORTESANO*) Ostrick, dales los estoques. Sobrino, ya conoces mi apuesta.

HAMLET.– Sí y me temo que habéis apostado por el peor.

CLAUDIO.– Eso no me preocupa. Os he visto esgrimir a ambos y con la ventaja que te hemos dado, creo que estáis muy igualados.

LAERTES.– (*al CORTESANO*) Este estoque es demasiado pesado. Dadme otro.

Con una mirada cómplice a CLAUDIO, el CORTESANO da a LAERTES el estoque envenado.

HAMLET.– A mí este me parece bien. ¿Tienen todos la misma longitud?

CORTESANO.– Sí, señor.

CLAUDIO.– (*al CORTESANO o a otro*) Pon las copas de vino en esta mesa. Si Hamlet gana el primer o segundo asalto, beberé por su salud y depositaré en su copa un ónix más valioso que el de la corona real de Dinamarca. Dame las copas. (*toma las dos copas y echa algo en la de HAMLET*). Y ahora ¡suenen las cajas y la música y que los cañones en las almenas escupan rayos y la pólvora ruja truenos a los cielos cuando el rey beba a la salud de Hamlet!

Música, tambores, cañonazos, humareda en escena, luces de todos colores, en especial rojo. HAMLET y LAERTES, espadas en mano, CLAUDIO, con las dos copas en la mano, y GERTRUDIS convergen en el centro del tablado, entre el humo, las luces y el ruido, y ejecutan una danza o mimo de la muerte, cayendo los cuatro al suelo.

HORACIO, que ha estado mirando horrorizado cómo se acuchillan o envenenan unos a otros, se acerca y recoge al moribundo HAMLET en sus brazos y lo lleva al primer término del tablado. Allí se arrodilla con HAMLET en su regazo.

HAMLET.– Querido amigo Horacio, me muero. A ti que has contemplado, pálido y tembloroso, estos luctuosos sucesos... A ti que miras silencioso, como un espectador en el teatro... A ti, si tuviera tiempo... Pero este terrible alguacil, la Muerte... no sufre demora... A ti... ¡Oh, lo que te podría decir a ti, Horacio! Pero, dejémoslo como está... Yo muero, pero tú que vives... relata a los que no la sepan la verdad sobre mi historia y mi causa...

HORACIO.– ¡No! ¡No lo haré! Pues todavía queda veneno para mí.

HAMLET.–Horacio... dame esa copa. ¡Voto a Dios, dámela! Por favor, Horacio, piensa en lo que la gente dirá de mí, si no sabe la verdad. Por la amistad que nos unía, sigue viviendo, aunque te duela,... para contar mi historia.

Muere HAMLET y llora HORACIO.

HORACIO.– (al CORTESANO) Dad órdenes para que se construya un gran tablado en que se rinda público homenaje a estos cadáveres. Y allí, con ellos de cuerpo presente, relataré a todos cómo sucedieron tales hechos. Oirán una historia de actos lascivos, sangrientos, contra natura. Sabrán de los errores que cometieron, de los crímenes que perpetraron por malicia y no por ninguna razón válida. Verán el resultado de intrigas malogradas que repercutieron adversamente en los que las planearon. Yo les contaré la verdad de lo sucedido. Y les hablaré también, utilizando sus propias palabras, de mi amigo Hamlet, cuya voz ya no oirán jamás.

La verdad, ilustre senado, ha de ser proclamada. Hemos de evitar que el futuro nos traiga más malentendidos, más intrigas, más errores, más muertes innecesarias.